BEATRIZ PASTOR

EL SEGUNDO DESCUBRIMIENTO

La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)

Prólogo de Julio Ortega

edhasa

La organización y aprovisionamiento de una flota de carácter totalmente excepcional constituyeron el primer indicio indiscutible de que el proyecto que abrigaba Cortés no coincidía con el que le asignaba Velázquez. Basta comparar los componentes de esta flota de 12 barcos y 600 hombres con los tres barcos y 110 hombres de la expedición de Hernández de Córdoba, o con los cuatro barcos de la de Grijalva, para darse cuenta de ello. Pero es posible que esta previsión de Cortés, además de ser el primer indicio indiscutible de su ambicioso proyecto, sea el único que se posee antes de su partida hacia tierra firme el 15 de febrero de 1519. En sus negociaciones con Diego de Ordás y Francisco Verdugo, en Trinidad, y con Pedro Barba, Cortés reafirmó una y otra vez su lealtad inquebrantable al mismo gobernador que quería destituirlo, y Bernal Díaz nos habla de las amorosas cartas que le enviaba Cortés a Velázquez, afirmando una obediencia que sus propios actos habían empezado ya a desmentir de forma inequívoca.

2. Estructuras ficcionales de justificación

La primera mención que encontramos de la fiebre epistolar que caracterizaría a Hernán Cortés durante el resto de su vida se sitúa durante los tres meses de preparativos y en el contexto inmediato del primer momento de la rebelión. Nos la hace Bernal Díaz, quien además resume el contenido de esas primeras cartas definiendo su función. Desde Trinidad, dice Bernal que Cortés «escribió ... muy amorosamente al Diego Velázquez que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo es servir a Dios y a Su Majestad y a él en su nombre».

Poco más tarde, Bernal Díaz se refiere de nuevo a las cartas que envía Cortés al gobernador, esta vez desde La Habana, y muy poco antes de que se hicieran a la mar definitivamente, diciendo: «Y Cortés lo escribió al Velázquez con palabras tan buenas y de ofrescimientos, que lo sabía muy bien decir, e que otro día se haría a la vela e que le sería servidor»[51]. Si aceptamos el resumen de Díaz, la función política de aquellas cartas era tranquilizar a Velázquez mientras Cortés completaba sus preparativos; y esta función se concretaba en la retórica de seducción a la que alude Díaz cuando se refiere explícita y reiteradamente a su tono *amoroso* y a las *buenas palabras* «que Cortés sabía muy bien decir». Pero la importancia de estas primeras cartas no reside sólo en el hecho de que introduzcan la funcionalidad de la escritura cortesina en sus dos vertientes fundamentales: justificación y seducción. En su reiterada insistencia en una obediencia de Cortés a Velázquez, que ha dejado ya de ser sustentada por ningún elemento de la realidad concreta para convertirse en una pura ficción que esas cartas articulan, encontramos algo que es como el primer eco anunciador de los procesos de profunda ficcionalización de la realidad que, bajo una estructura documental impecable, articularán el discurso narrativo de las Cartas de relación. Estos procesos de transformación ficcional se articulan en torno a dos ejes fundamentales: el de la transformación de la rebelión en servicio, y el de la transformación del rebelde en modelo. El primero, organiza en buena medida la narración de las tres primeras cartas y concluye con el reconocimiento por parte del rey de la validez y legitimidad del proyecto de conquista de Cortés. El segundo es el más rico y complejo de los dos, y se desarrolla como eje central de la narración desde la primera hasta la última Carta de relación.

El marco discursivo dentro del cual se desarrollan estos procesos ficcionalizadores es el de la *carta de relación*. La relación como género constituía en la época el punto de convergencia de la epístola y el documento legal. En tanto que epístola o carta, narraba e informaba sobre aspectos múltiples de la realidad, describía, comentaba acciones y comportamientos, incluía reflexiones de su autor y de los que lo rodeaban. En tanto que documento legal, y no simple carta personal, se comprometía implícitamente a la veracidad de lo narrado. La elección de la carta de relación garantizaba implícitamente la veracidad del contenido. Y dentro de las cartas de relación de Hernán Cortés, la garantía implícita de veracidad, que llevaba consigo la utilización de la forma oficial de la *relación*, se reafirmaría con el uso reiterado del adjetivo «verdadera» que acompaña casi siempre dentro de ellas el término «relación». Tanto el uso de la carta de relación como forma elegida para narrar los sucesos de la conquista de México como la reiteración explícita del adjetivo persiguen el mismo fin: Con ellas se crea un marco pretendidamente objetivo y documental que garantiza ficticiamente la imparcialidad y veracidad del mensaje que se inscribe en él. Dentro del texto de cada una de las cartas, la conciencia que tiene el narrador del compromiso que implica la elección de esta forma de narración se dramatiza en una serie de incidentes que puntualizan su significado reafirmando la veracidad comprobada de todo lo que en ellas se narra. En la Segunda carta, por ejemplo, el «hacer relación» de la naturaleza de los volcanes se presenta como algo posible sólo después de una exploración directa de los mismos. Dice Cortés:

> Y porque yo siempre he deseado de todas las cosas de esta tierra poder hacer a vuestra alteza muy particular relación, quise de ésta, que me pareció algo maravillosa, saber el secreto, y envié diez de mis compañeros, tales cuales para semejante negocio eran necesarios, y con algunos naturales de la tierra que los guiasen, y les encomendé mucho procurasen de subir la dicha sierra y saber el secreto de aquel humo, de donde y como salía.

Poco después, dentro de la misma carta, Cortés le pide a Moctezuma que le permita examinar personalmente las minas de oro para que así pueda «hacer relación al rey»[52].

Los dos ejemplos citados tienen un elemento en común: señalan la observación directa como base necesaria del conocimiento –geográfico en este caso–, extendiendo implícitamente este criterio a todo lo que se narra en las Cartas de relación de Hernán Cortés. Los escrúpulos de Cortés en el terreno geográfico –que no le permiten hablar de nada cuyo «secreto» no haya desvelado personalmente– se proyectan simbólicamente más allá de la materia geográfica para iluminar implícitamente el criterio selectivo de la narración, que pretenderá hablar únicamente de aquello cuya verdad ha sido comprobada.

La autorización del texto, concretada a nivel estructural en la elección de la forma de la relación y a nivel estilístico en la reiteración del elemento central que define esa forma con el uso del adjetivo *verdadera*, enlaza así con un elemento común a gran parte de las crónicas del período: el testimonialismo como modo de autorización de la verdad de lo narrado. Para Bernal Díaz y Las Casas, entre otros, hay dos formas de narrar la conquista: como testigo presencial de una acción en la que se pue-

de o no haber participado, pero que en cualquier caso se conoce de primera mano; o como recopilador y narrador de los relatos de distintas personas que hayan presenciado unos hechos en los que el cronista no ha participado y que tampoco ha observado de forma directa. Desde el punto de vista del primer grupo de cronistas –el representado por Díaz entre otros–, la segunda opción es inaceptable, y la polémica entre Bernal Díaz y Gómara se centró precisamente en esta cuestión. Para Díaz, lo que hacía Gómara no era escribir historia siguiendo un método de información y composición diferente, sino «inventar» y «hacer borrones». Según él, falsea, equivoca fechas y cifras, exagera o disminuye méritos y el resultado es un «texto-borrón» sobre cuyo valor documental se pronuncia Díaz sin vacilar, diciendo: «Y habían de mandar borrar los señores del Real Consejo de Indias los borrones que en sus libros van escritos»[53]. Las Casas coincide con Bernal Díaz en su condena del método de Gómara y de sus resultados. Lo acusa repetidamente de decir «falsedades» e «insolencias», y atribuye ambas a su absurda pretensión de narrar cosas que ni siquiera vio. Dice Las Casas: «Gómara que escribió la Historia de Cortés, que vivió con él en Castilla siendo ya marqués, y no vido cosa ninguna ni jamás estuvo en las Indias.... compone muchas cosas en favor de él que, cierto, no son verdad». Más adelante insiste: «... dice el clérigo Gómara en su Historia muchas y grandes falsedades como hombre que ni vido ni oyó cosa de ella»[54].

El rechazo de Díaz y Las Casas lleva implícita una defensa del modelo de narración testimonial[55] con exclusión de todos los demás. Se expresa estilísticamente en el caso de Las Casas con las continuas referencias explícitas a su conocimiento de primera mano de aquello y aquellos cuya historia narra: Se pre-

cisan lugares de encuentro, momentos y frecuencia del trato y el grado de relación personal con cada uno de los personajes importantes, especificando una relación que va desde el conocimiento –por ejemplo en el caso de Cortés, cuyo padre, afirma Las Casas, «harto conocí»– pasando por la amistad, de Las Casas con Grijalva, por ejemplo, hasta el parentesco. En Bernal Díaz encontramos la misma insistencia en palabras o relaciones que indican el *grado* de proximidad del narrador con respecto a lo narrado, sólo que Díaz lleva esta identificación implícita entre lo presenciado y lo verdadero un paso más allá. Comienza por oponer el modelo historiográfico de Gómara al testimonial suyo, y acaba oponiendo una estética –la de Gómara– a la suya. La de Bernal se concreta en una identificación entre lo *bello* y lo *verdadero*. Se la podría llamar estética de la verdad y Bernal la formula de manera explícita cuando dice que «la verdadera publicía e agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito»[56]. Por oposición a ella, la estética de Gómara se caracteriza por una sustitución de la verdad documental por una bella forma retórica. Estas historias de «prólogo y preámbulo con razones y retórica muy subida», como las llama Díaz, son inaceptables como relatos historiográficos para los cronistas que, como Bernal y Las Casas, no aceptan más conocimiento de la realidad que el que deriva de la experiencia directa. El argumento supremo de autoridad, invocado una y otra vez por estos dos cronistas para refutar la versión de los hechos presentada por Gómara o por otros cronistas como él, será que ellos *conocieron* a los personajes, *vieron* la acción o *participaron* en ella.

La narración de la conquista de México que ofrece Cortés en sus Cartas de relación se ajusta perfectamente a este requisi-

to de experiencia directa, pero se complementa con el reconocimiento abierto de la existencia de un proceso de selección del material que en ellas se incluye. El criterio declarado es el «interés del rey» y, al declararlo, Cortés pone, aparentemente, las cartas sobre la mesa y revela su buena fe, reconociendo la existencia de un proceso de selección muy inocente (que encubre sin embargo otro mucho más profundo y complejo, cuya existencia no se subordina al interés real sino al del propio Cortés). La presentación testimonial refuerza la validez del mensaje y lo encuadra en un marco que, tanto por la relación del narrador con la materia narrada (participación y buena fe) como por la estructura formal de esa narración (la relación), garantiza ficticiamente su veracidad. Ficticiamente porque, en aparente paradoja, el análisis de las estrategias narrativas que articulan la representación de la realidad de la conquista que nos ofrece Cortés revela que esa estructura formal insistentemente documental y objetivadora de sus Cartas es una mera estrategia verbal con un fin político inmediato. De hecho, en el contexto del «discurso de persuasión» de las tres primeras cartas, esa estrategia constituye el primer paso en el desarrollo del proceso de ficcionalización de la realidad que se da en las Cartas de relación. Cortés se proponía componer de forma extremadamente racional unos documentos persuasivos con una función política inmediata. Pero, al elegir narrar dentro del marco documental de la *relación* una versión personal y mitificadora de la conquista de México, Cortés rompe los límites del discurso de la «historia verdadera» y los vacía de contenido, pues convierte sus formas en una convención literaria que se integra como un elemento más en la estructura narrativa del discurso fundamentalmente ficcional que introducen y configuran.

La contigüidad y el entrelazamiento de formas documentales y ficcionales de narración dentro de un mismo texto no era un fenómeno nuevo en una época en la que en cierto modo expresaba –junto con una tradición narrativa ya establecida– aquella confusa línea divisoria entre realidad y fantasía a la que se refiere Irving A. Leonard[57]. Enlazaba con una tradición de crónicas que desde hacía varios siglos combinaban, en proyectos historiográficos, lo fabuloso con lo real, lo ficcional con lo histórico y lo maravilloso con lo cotidiano. Crónicas generales, de sucesos particulares, de personajes notables, de viajes, o abiertamente fabulosas, en las que se pasaba sin transición ni aviso de lo factual a lo imaginario[58]. En la polémica que enfrentaría el éxito arrollador de las «historias mentirosas», como se denominaron las novelas de caballería, con la reforma del pensamiento introducida por los escritos de Erasmo –reforma que perseguía lo inmoral y lo mentiroso como rasgos característicos de una literatura a extinguir, frente a las «historias verdaderas o de verdad», que se identificaban con la literatura didáctica y moral– iría tomando cuerpo la problemática de la necesidad imperiosa de distinguir entre fantasía y realidad y entre historiografía y ficción[59]. Pero a principios del siglo XVI, la estrecha contigüidad entre narración de hechos reales y relatos fantásticos o imaginarios no sólo no planteaba un problema, sino que se resolvía con frecuencia con la equiparación implícita de unos con otros. La progresiva pérdida de separación entre lo real y lo imaginario había sido, en parte, introducida y facilitada por el desarrollo de la crónica. Irving A. Leonard ve en este carácter cada vez más ficcional de unos escritos que seguían presentándose como narración de hechos reales uno de los orígenes de esa progresiva confusión entre lo real y lo imaginario que culminaría en el triun-

fo de lo segundo que parecía indicar la pasión colectiva por las novelas de caballerías. Dice Leonard:

> De simples relaciones de hechos se volvieron con el tiempo cuentos ornamentados con detalles irreales, y con cada vez mayor número de elementos inventados, lo cual no les restó su prestigio de constancias auténticas ... el libro es en realidad un trasunto de lo que ocurría en las viejas crónicas, con la adición de detalles, incidentes y características de la literatura de ficción que se había puesto ya en boga; pero, puesto que se trataba de un episodio histórico que le era familiar, el lector corriente no dudaba de su veracidad. De este modo, se facilitó la completa aceptación del libro de caballería que de una forma contemporánea acababa de surgir[60].

En el contexto de una tradición en la que la novela de caballería enlaza sin problema de continuidad con la crónica medieval y renacentista cuyas formas pseudo-historiográficas adopta, los procesos de ficcionalización de las Cartas de relación de Cortés destacan por su sutileza y por su austeridad. Nada en lo escrito por Cortés permite suponer una trayectoria intelectual comparable a la de Fernández de Oviedo, que evolucionó desde la aceptación y traducción de novelas de caballería hasta el discurso historiográfico de su *Historia Natural de las Indias*[61]. Ninguna representación de la realidad del Nuevo Mundo evidencia una ausencia tan consistente del elemento fantástico como la que nos da Cortés, y, después de un análisis detallado de sus cartas, resulta imposible demostrar y difícil mantener la importancia que Irving A. Leonard atribuye, en el caso de Cor-

tés, a la influencia de las novelas de caballerías como motor de su conquista de México y de sus exploraciones posteriores[62]. Es probable que Hernán Cortés compartiera la afición a la aventura que expresaba colectivamente la popularidad inverosímil de que gozaron las novelas de caballerías. Pero la existencia de este rasgo, común a tantos hombres de su época, no presupone la aceptación del modelo fantástico de la literatura de caballerías ni implica una influencia de la formulación específica de la sed de aventuras de una época, que constituía tal literatura, en el proyecto y en las acciones de Cortés. Leonard concluye de la lectura de la Cuarta carta que «él y sus lugartenientes encabezaban expediciones cuyo principal propósito era localizar minas de oro y de plata y, desde luego, descubrir a las amazonas»[63], e insiste más adelante en que «el principal de estos objetivos eran las amazonas». Es cierto que en su Carta de relación del 15 de octubre de 1524 Cortés se refirió a las amazonas. Pero lo hizo repitiendo la relación que le había hecho a él Cristóbal de Olid, quien había escuchado la historia de labios de los señores de la provincia de Ciguatán. La supuesta localización de las míticas amazonas corresponde en el texto de la carta a los señores de Ciguatán; y la relación de su existencia y de las riquezas que poseen pertenece a Cristóbal de Olid. A Cortés le corresponden la *duda* y el proyecto de *verificación,* lo cual es mucho más coherente con el racionalismo característico de su percepción habitual de la realidad que la aceptación de la existencia de un objetivo fantástico que le atribuye Leonard.

Es inútil intentar rastrear en las Cartas las huellas de la tradición literaria que desemboca en las «historias mentirosas», como lo es también intentar revelar los procesos de ficcionalización que las articulan, relacionándolos con el supuesto mode-

lo referente de esa literatura. La ficcionalización que se desarrolla en las Cartas es de una naturaleza distinta, y el modelo de representación que éstas crean está casi tan alejado de esta tradición como del referente más próximo del discurso colombino. El discurso narrativo que crea Cortés en sus Cartas es cualitativamente distinto, y es posible afirmar que si alguna vez se ha levantado un discurso claramente ficcional sobre el más claro análisis concreto de la realidad concreta, éste es el de las Cartas de relación de Hernán Cortés.

El punto de partida del primer proceso de ficcionalización de las Cartas al que me referí más arriba –la transformación de la rebelión en servicio– es la transgresión. Transgresión vacía de contenido en su momento inicial de desobediencia aparentemente injustificada, y que se define en relación con el orden establecido como simple amenaza y ruptura de ese orden. A lo largo de las tres primeras Cartas (es decir, hasta el momento en que el rey acepta la versión de los hechos de Cortés y le concede los cargos de gobernador y capitán general de la Nueva España), Cortés irá redefiniendo y caracterizando progresivamente esa transgresión, dotándola del contenido adecuado para poder transformarla en servicio. La primera fase de esa transformación se concreta en la caracterización del orden rechazado por Cortés y representado por Velázquez. Ésta se inicia con la caracterización del propio Velázquez, sus móviles y sus acciones, caracterización que se irá haciendo extensiva al modelo colonial creado y representado por Velázquez y otros como él.

El personaje de Velázquez aparece en las Cartas reducido a unos pocos rasgos cuyo significado e implicaciones hay que examinar en relación con el código de referencia implícito en las caracterizaciones de personajes que se dan en las Cartas: el de

vasallaje. La caracterización de Velázquez se estructura sobre la negación o la ausencia de los rasgos centrales que deben caracterizar al vasallo ideal. Cortés no construye esta caracterización de manera directa –a través de juicios o descripciones del personaje–, sino casi siempre de forma indirecta: a través de sus acciones y de los móviles y objetivos que expresan. Perdida la Primera carta de relación, fundamental a juzgar por el contenido de la Carta de justicia y regimiento que retoma su argumentación inspirada directamente por Cortés, hay que centrar el análisis de este punto en el resumen que de ésta da la Segunda carta y en el contenido de la segunda y tercera Cartas de relación principalmente. El resumen puntualiza un rasgo: los intereses de Velázquez no se subordinan a los del rey ni se identifican con éstos, sino que se oponen a ellos. La acción que nos revela este hecho es la decisión de Velázquez de interceptar la nave que Cortés y los suyos envían al rey, con Puertocarrero y Montejo como procuradores encargados de entregarle todo el oro y las joyas obtenidas hasta el momento (y no sólo el quinto obligado), junto con la Primera carta de Cortés y la Carta de justicia y regimiento. Cortés no opina ni juzga. Sencillamente, expone:

> tenían determinado de tomar un bergantín que estaba en el puerto, con cierto pan y tocinos y matar al maestre de él, e irse a la isla Fernandina a hacer saber a Diego Velázquez como yo enviaba la nao que a vuestra alteza envié y lo que en ella iba y el camino que la dicha nao había de llevar para que el dicho Diego Velázquez pusiera navíos en guarda para que la tomasen, como después que lo supo lo puso por obra, que según he sido informado envió tras la dicha nao una carabela y si no fuera pasada la tomara[64].

Dentro del código del vasallaje, la actitud de Velázquez y de sus seguidores, que interfieren con el interés real en beneficio propio, equivale a la traición. Equivalencia que la acción del propio Cortés confirma cuando declara que «vistas las confesiones de estos delincuentes los castigué conforme a justicia y a lo que según el tiempo me pareció que había necesidad y al servicio de vuestra alteza cumplía»[65]. Velázquez es un traidor, sus seguidores unos delincuentes, y Cortés administra la justicia en servicio del rey. La coherencia es impecable y, sin embargo, lo que está exponiendo Cortés es una pura ficción, como lo es, en relación con el contexto legal y político de la época, la fundación de la Rica Villa de la Veracruz y el nombramiento de Cortés como capitán y justicia mayor por su cabildo. Fuera de la coherencia verbal del discurso de las cartas, coherencia que se basa, entre otras cosas, en la aceptación como premisa válida de lo que en realidad constituye la conclusión del silogismo y el objeto de demostración –la identificación de las acciones rebeldes de Cortés con la *legalidad*–, es Cortés el que ha actuado como traidor y delincuente; y la «justicia» que pretende administrar es sólo un acto más de rebelión contra esos supuestos «delincuentes y traidores», que, de hecho, eran los representantes de la legalidad. El proceso de transformación de los representantes legítimos del poder real en delincuentes y traidores resulta en la creación de una representación totalmente ficcionalizada de la realidad, y el que esa ficcionalización adopte la forma insólita de la lógica aristotélica más impecable no altera su verdadera naturaleza.

El proceso de ficcionalización de la realidad que se concreta en la selección, reordenación y redefinición subjetiva de los elementos de la narración y de su significado, aparece en

este primer ejemplo muy condensado porque se trata de un resumen. Pero dentro de la misma Segunda carta de relación, Cortés completaría la caracterización de Velázquez y del orden que éste representaba legítimamente a través de la narración de uno de los episodios más importantes de la conquista de México: la pérdida de Tenochtitlán. Las numerosas versiones que se conservan del desarrollo de los acontecimientos que culminaron en la Noche Triste se pueden clasificar en dos grupos distintos: las de los miembros del ejército de Cortés, y las de los testigos indígenas. Las discrepancias entre unas y otras se centran fundamentalmente en dos puntos: La matanza del Templo durante la celebración de la fiesta de Toxcatl y la muerte de Moctezuma. Las versiones indígenas atribuyen la rebelión de los aztecas a la matanza ordenada por Pedro de Alvarado sin motivo alguno. El *Códice Ramírez* narra los hechos así:

> Entretanto don Pedro de Alvarado que había quedado en México por su lugarteniente, rogó a Moctezuma que todos lo señores sus vasallos hiciesen un *mitote* como sabían, galanos y sin armas, para ver la bizarría y grandeza del reino, el rey lo hizo así ... y viniendo muy apuestos y lozanos etc. Pedro de Alvarado habiendo dejado alguna gente con Moctezuma de guarnición, ... dió con la demás sobre los pobres danzantes y mató los más de ellos y los despojó del tesoro que sobre sí traían: de lo cual se sintió tanto la ciudad que por poco no perecieran aquel día[66].

La misma presentación del acto de Alvarado encontramos en el *Códice Aubín*, aunque de manera mucho más sucinta:

> Apenas ha comenzado el canto, uno a uno van saliendo los cristianos; van pasando entre la gente y luego de cuatro en cuatro fueron a apostarse en las entradas. Entonces van a dar un golpe al que está guiando la danza ... Entonces fue el alboroto general con lo cual sobrevino la completa ruina[67].

La versión de los informantes de Sahagún corrobora las dos anteriores, haciendo hincapié en la descripción detallada de la crueldad con la que los soldados de Alvarado asesinaron a los mejores guerreros del ejército azteca, aprovechando la participación de éstos en las danzas rituales que prescribían que fueran desarmados:

> ... los españoles toman la determinación de matar a la gente ... Dispuestas así las cosas inmediatamente entran al patio sagrado para matar a la gente ... Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales: dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada ... A algunos los acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza, enteramente hecha trizas quedó su cabeza ... Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos ... La sangre de los guerreros cual si fuera agua corría: como agua se ha encharcado y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse ... La razón de haberse irritado tanto los mexicanos fue el que hubieran matado a los gue-

> rreros sin que ellos siquiera se dieran cuenta del ataque, el haber matado alevosamente a sus capitanes[68].

Las versiones indígenas coinciden en presentar de forma más o menos explícita una misma interpretación del significado de la matanza: se trató de una encerrona premeditada para liquidar a los guerreros aztecas desarmados; y también coinciden en señalar esta matanza como la causa directa de la rebelión de la población de Tenochtitlán contra Alvarado[69].

Por el lado de los conquistadores, podemos contrastar la versión de Cortés con la de Bernal Díaz. Andrés de Tapia se encontraba en la expedición contra Narváez junto a Cortés y su relación termina con la victoria de Cortés y los suyos sobre el ejército de Narváez. Pero Bernal, que también se encontraba fuera de la ciudad de México con la misma expedición, recoge, junto con la versión de los emisarios de Moctezuma, la que oyó de Alvarado y sus compañeros al regresar con Cortés a Tenochtitlán. Su versión coincide en lo fundamental con las tres versiones de origen indígena citadas, pero difiere en algunos puntos de la interpretación de los hechos. «Vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Moctezuma ante Cortés, a quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando muchas lágrimas de sus ojos, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dio en sus principales y caciques questaban bailando y haciendo fiesta a sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dio el Pedro de Alvarado, e mató e hirió a muchos dellos», dice Bernal, ofreciendo así una primera versión indígena de los hechos que completa enseguida, transcribiendo la versión que le dio a Cortés el propio Alva-

rado. Según éste, los aztecas conspiraban contra Alvarado y, alentados por promesas de Narváez a Moctezuma y por la inferioridad numérica de los españoles después de la partida de Cortés, proyectaban atacar la fortaleza y liquidarlos a todos apenas concluyeran la celebración de la fiesta del dios Toxcatl. De acuerdo con esta interpretación, la matanza que llevó a cabo Alvarado habría sido una agresión anticipada provocada por los planes de ataque de los aztecas, y lo único que hizo Alvarado fue adelantarse «a dar en ellos»[70]. Las dos versiones que da Díaz coinciden con las indígenas en cuanto a la existencia de la matanza del templo, y la presentan también como causa directa de la rebelión de los aztecas y del sitio de la fortaleza; pero discrepan en cuanto a las causas de esa matanza, que para los indígenas fue un acto de agresión y crueldad traicionero y gratuito, y para los españoles un acto defensivo ante el ataque inminente de los aztecas.

Españoles e indígenas también discrepan en el otro punto fundamental de los acontecimientos que condujeron a la Noche Triste: la muerte de Moctezuma. Según Hernando Alva Ixtlilxochitl, «dicen que uno de los indios le tiró una pedrada de la cual murió; aunque dicen los vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron una espada»[71]. El *Códice Ramírez* acusa todavía más abiertamente a Cortés y los suyos de la muerte de Moctezuma:

> Finalmente viéndose el marqués con más de novecientos españoles y los amigos que tenía, determinó un caso que aunque le dio otro color, Dios sabe la verdad, y fue que el cuarto del alba amaneció muerto el sin ventura Motecuzuma, al cual pusieron el día antes en un gran asalto que

> les dieran en una azotehuela baja para que les hablase con un pequeño antepecho, y comenzando de tirar dicen que le dieron una pedrada; más aunque se la dieron no podían hacerle ningún mal porque había ya más de cinco horas que estaba muerto, y no faltó quien dijo que porque no le vieran herida le habían metido una espada por la parte baja[72].

Bernal, por su parte, atribuye a la pedrada de sus súbditos su muerte y a Cortés la iniciativa de poner a Moctezuma en la azotea para que apaciguara a sus mexicas:

> E viendo todo esto acordó Cortés que el gran Moctezuma les hablase desde una azotea y les dijese que cesasen las guerras, e que nos queríamos ir de su ciudad ... y le dieron tres pedradas, una en la cabeza y otra en un brazo y otra en una pierna; y puesto que le rogaban se curase y comiese y le decían sobre ello buenas palabras, no quiso, antes cuando no nos catamos, vinieron a decir que era muerto[73].

Y añade Bernal a la descripción del hecho el detalle del dolor y duelo de Cortés y los suyos, duelo muy verosímil aunque sólo fuera porque con la muerte del emperador prisionero se esfumaba lo que Cortés todavía consideraba uno de los peones decisivos para recobrar el control de la situación en Tenochtitlán[74].

Con algunas variaciones, todas estas versiones presentan un relato muy parecido de la secuencia de los hechos que desembocaron en la huida de la Noche Triste, y por eso mismo resulta todavía más llamativa la narración profundamente diferente que da Cortés de estos hechos en su Segunda carta de relación y que corrobora nuevamente en el resumen del principio

de la tercera. La ficcionalización de estos acontecimientos que se da en las Cartas mencionadas resulta de dos procedimientos concretos: La selección del material, con supresión de todo lo que no sea asimilable al objetivo que se persigue –uno de cuyos elementos centrales es todavía la transformación de la rebelión en servicio– y la reelaboración cuidadosa del material seleccionado. Cortés selecciona los elementos de la narración suprimiendo dos incidentes absolutamente fundamentales: la matanza del templo perpetrada por Alvarado y los suyos, y la liberación de Cuitláhuac, hermano de Moctezuma. La importancia capital del primer incidente está clara en *todas* las versiones indígenas y españolas, que lo presentan unánimemente como el incidente que desencadenó la rebelión. La del segundo fue igualmente decisiva, ya que la liquidación del sumiso Moctezuma permitía, por primera vez desde la ocupación de Tenochtitlán por Cortés y su ejército, la organización de la resistencia y del ataque azteca bajo el mando de un nuevo jefe guerrero y religioso. A la narración objetiva de unos hechos que, partiendo de la masacre de Alvarado, seguida por un grave error de Cortés, desembocarían en la pérdida de Tenochtitlán y de todo el tesoro azteca, Cortés sustituye una ficción articulada sobre la omisión de estos dos incidentes centrales, y según la cual los aztecas se habrían rebelado sin otra causa que la forzada ausencia de Cortés. En la versión de Cortés, lo que sucedió fue simplemente que «los indios les habían combatido la fortaleza por todas partes della, y puéstoles fuego por muchas partes y hecho ciertas minas, y que se habían visto en mucho trabajo y peligro y todavía los mataran si el dicho Moctezuma no mandara cesar la guerra; y que aun los tenían cercados, puesto que no los combatían, sin dejar salir a ninguno de ellos dos pasos fuera de la

fortaleza»[75]. Y en su Tercera carta de relación vuelve sobre la misma versión, subrayando explícitamente la falta de motivo de la sublevación indígena: «y como sin causa ninguna todos los naturales de Culúa que son los de la gran ciudad de Temixtitán y los de todas las provincias a ella sujetas no sólo se habían rebelado contra vuestra majestad, más aún nos habían muerto muchos hombres»[76].

La ficcionalización del episodio de la pérdida de Tenochtitlán, que se apoya, en primer lugar, en una omisión de dos hechos centrales, cuyo resultado es la transformación completa del carácter de ese desarrollo de acontecimientos que Cortés pretende relatar fiel y objetivamente en su «relación verdadera y particular», se completa con una segunda estrategia de transformación ficcional: La reelaboración del material seleccionado. Cortés va seleccionando determinados incidentes que reelabora de acuerdo con la función que les ha asignado en su argumento. El resultado de esa reelaboración es, de nuevo, una versión ficcionalizada de los hechos históricos. Basta comparar como ejemplo las distintas versiones de la descripción de la llegada de Cortés y los suyos a la asediada fortaleza de Alvarado para verificar la existencia de este proceso de elaboración que complementa la selección inicial. Bernal narra esa llegada verídicamente, organizándola en torno al elemento histórico central: las indagaciones de Cortés sobre las causas de la rebelión y las explicaciones y justificaciones de Pedro de Alvarado. Bernal cita las palabras textuales del juicio final que le mereció a Cortés la actuación de Alvarado, a quien le dijo «que era muy mal hecho e gran desatino», y transcribe cuidadosamente las explicaciones de Alvarado sobre el incidente[77]. Cortés, por el contrario, creando su versión a posteriori y sobre la

decisión previa de silenciar el incidente de la matanza, organiza su ficción en torno a la alegría del reencuentro con sus hombres, convirtiendo la desagradable escena de acusaciones y justificaciones narrada por Bernal en una idílica ilustración de la armonía, solidaridad y camaradería reinantes entre él y su ejército[78].

Cortés sigue el mismo procedimiento de reelaboración en su versión de la muerte de Moctezuma. Dice:

> Y el dicho Moctezuma, que todavía estaba preso, y un hijo suyo con otros muchos señores que al principio se habían tomado, dijo que le sacasen a las azoteas de la fortaleza y que él hablaría a los capitanes de aquella gente y les harían que cesase la guerra. Y yo le hice sacar, y en llegando a un pretil que salía fuera de la fortaleza, queriendo hablar a la gente que por allí combatía, le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande, que de allí a tres días murió[79].

La alteración consiste aquí en atribuirle a Moctezuma la iniciativa del intento de pacificación –el aparentemente inocente «dijo» que inicia en esta versión toda la secuencia de acciones que desemboca en la pedrada mortal– y, al hacerlo, transfiere su propia responsabilidad por esta muerte a Moctezuma y sus súbditos. El resultado de esta transferencia de responsabilidades es nuevamente la ficcionalización de la narración, que convierte una muerte –causada en gran medida por la ignorancia en que estaba Cortés del verdadero significado del nombramiento de Cuitláhuac y por la orden que dio a Moctezuma de salir a hablar con sus súbditos[80]– en una iniciativa suicida de la que sólo Moc-

tezuma es responsable, y en una agresión cuya culpa recae exclusivamente sobre los aztecas.

Los ejemplos de esas omisiones y reelaboraciones sobre los cuales Cortés va hilando su ficcionalización de la pérdida de Tenochtitlán son numerosos y hay que preguntarse qué propósito expresa esa transformación de la realidad. Las versiones de Díaz, el *Códice Ramírez,* etc., demuestran que Cortés conocía perfectamente los hechos, que comprendía sus implicaciones y que, por lo tanto, las omisiones y reelaboraciones son deliberadas y calculadas y se subordinan a un plan general de transformación de la realidad. Sin duda, uno de los objetivos de esa transformación es una determinada caracterización de Cortés y de los suyos, y una desproblematización de sus acciones en la conquista y pérdida de Tenochtitlán. Pero el análisis detallado del texto de la Segunda carta de relación revela que el objetivo central de esa ficcionalización es, en realidad, completar la caracterización de Velázquez y los suyos como traidores que amenazan el interés real, responsabilizándolos de forma exclusiva de la pérdida de Tenochtitlán y su tesoro. Demostrar en la caracterización de las acciones de Velázquez y sus consecuencias que aquél traicionaba al rey, sacrificando los intereses reales a los suyos propios, es la piedra angular de la transformación de la rebelión de Cortés en servicio. Presentar a Velázquez como verdadero responsable de la rebelión azteca y de la pérdida consiguiente de Tenochtitlán y su tesoro equivale a demostrar de forma tangible esa traición y a justificar implícitamente la rebelión de Cortés, que pasa de ser transgresión del orden real y desobediencia a su gobernador, a presentarse como el servicio de un vasallo fiel alzado contra un traidor. Y hay un último elemento estructural que viene a sumarse a las estra-

tegias de selección y reelaboración de los hechos analizadas más arriba, para completar la caracterización ficcional de Velázquez como verdadero culpable de la pérdida de Tenochtitlán. Se trata de una serie de transposiciones temporales que permiten a Cortés intercalar, en el orden cronológico de la narración de los hechos, reflexiones y percepciones que en la realidad forzosamente correspondieron a un momento posterior. Sustentada por la ordenación cronológica del material –que crea la ilusión de que las cosas van sucediendo a medida que Cortés las narra–, esta estrategia permite al narrador convertirse en clarividente anunciador de las desastrosas consecuencias de las acciones de Velázquez y Narváez, preparando al lector para la metamorfosis final de ambos en *la* causa de la rebelión «sin causa» de los aztecas.

En la narración de la llegada de Narváez a México y de sus contactos e intercambios con Cortés, éste continúa la línea de caracterización de Velázquez y los suyos que inició en la primera carta perdida y que resumió al principio de la segunda. El motivo de la expedición de Narváez había sido, según esta versión de los hechos, la rivalidad de intereses entre Velázquez y el rey: «... se habían movido con aquella armada y gente contra mí porque yo había enviado relación y cosas de esta tierra a vuestra majestad y no al dicho Diego Velázquez ... y Velázquez hacía [la armada] ... constándoles el daño y deservicio que de su venida a vuestra majestad podía redundar»[81], dice Cortés. Es el primer delito de traición –de acuerdo con el código de vasallaje que exigía la subordinación de todo interés personal al del rey– del que acusa en esta Carta de relación a Velázquez, pero no es el último. Desoyendo las leales recomendaciones del siempre leal Cortés, Velázquez reitera su delito cuando incita a los

naturales a la rebelión contra los españoles, mandándoles decir «que él le soltaría [a Moctezuma] y que venía a pretenderme a mí y a todos los de mi compañía, e irse luego y dejar la tierra. Y que él no quería oro sino, preso yo y los que conmigo estaban, volverse y dejar la tierra y sus naturales de ella en su libertad»[82]. El «deservicio» que resultaría de este segundo acto de traición es tan obvio que Cortés ni siquiera lo subraya. El tercer hecho que sostiene la caracterización ficcional de Velázquez como traidor es todavía más grave. Dice Cortés en su Segunda carta de relación que Narváez «en nombre del dicho Diego de Velázquez venía contra nosotros a tomarnos por guerra, y que para ello estaba confederado con los naturales de la tierra, en especial con el dicho Moctezuma y sus mensajeros»[83]. Se trata ya aquí de un delito de alta traición, que denuncia a Velázquez y los suyos como aliados de los aztecas y enemigos del rey y de sus «verdaderos» representantes. Paralelamente a este proceso de caracterización indirecta de Velázquez a través de la acción, la caracterización explícita y directa que de él y de los suyos hace Cortés se endurece progresivamente, yendo de «extranjeros» a «deservidores», para cerrarse con su presentación como «traidores y aleves y malos vasallos que se rebelaban contra su señor y quieren usurpar sus tierras y señoríos»[84].

Ante tanta traición y deservicio, Cortés no tiene más remedio que salir de Tenochtitlán anunciando clarividentemente que no osaba dejar la ciudad «con temor de que, salido yo de la dicha ciudad la gente se rebelase y perdiese tanta cantidad de oro y joyas y tal ciudad, mayormente que, perdida aquella era perdida toda la tierra». Pero a la vista «del gran daño que se comenzaba a revolver» y de que «la tierra se levantaba a causa del dicho Narváez», Cortés se ve forzado, en interés del rey,

a salir y enfrentarse con Narváez, y éste aparece como responsable de la ausencia de Cortés de Tenochtitlán, así como de las consecuencias de dicha ausencia.

Toda esta narración, tan impecablemente estructurada después de los hechos, ilumina la subordinación de la ficcionalización de todo el episodio de la pérdida de Tenochtitlán a las necesidades de una caracterización de Velázquez que justifique la rebelión de Cortés contra él. La omisión sistemática de todo aquello que divida la responsabilidad de esta pérdida entre el bando de Cortés y el de Velázquez responde al proyecto calculado de completar la caracterización de Velázquez como traidor, presentando el mayor desastre de la conquista de México como consecuencia directa de la sed de poder de Velázquez y de su reiterada traición a los intereses reales. Dando por sentada precisamente aquella legitimidad de la acción rebelde de Cortés que constituye el objetivo mismo de la demostración, éste crea una ficción en la que unos episodios se omiten, otros se reelaboran y donde la supuesta caracterización objetiva de los dos personajes centrales culmina en una inversión total de los papeles respectivos. La coherencia y la lógica más impecable dan forma a un discurso fundamentalmente ficcional que, presentándose como veraz y objetivo al amparo de la forma de la «relación», sustituye la exactitud de los hechos por una ficción subordinada a un proyecto previo de justificación. Dentro de esa ficción, se nos demuestra, a través de la ficticia lógica interna del discurso, que la rebelión de Cortés contra un traidor como Velázquez se justifica y que no constituye una amenaza para el orden establecido, sino un servicio ejemplar al rey[85].

La primera vertiente del proceso de ficcionalización que articula la transformación de la rebelión en servicio se centra,

pues, en la descalificación de Diego de Velázquez como representante válido del rey. La segunda vertiente de ese proceso de transformación se centra en la caracterización de la empresa rebelde de Cortés como inversión de todo lo que representan Velázquez y su proyecto de expansión colonial. De nuevo, la técnica de caracterización es una exposición aparentemente objetiva que encubre un proceso de selección y elaboración de elementos clave. El narrador rara vez califica directamente una acción, cuyo sentido modélico se irá desprendiendo «naturalmente» de sus propios resultados y de la oposición implícita a la caracterización paralela del proyecto y las acciones de Velázquez.

La falta de la perdida primera Carta de relación de Cortés es particularmente grave para el análisis de este punto, porque nos priva de la primera formulación directa que hizo Cortés de su rebelión como inversión del proyecto de Velázquez. Pero tanto la Carta de justicia y regimiento como la versión de Bernal Díaz y la de Andrés Tapia recogen el mismo argumento de oposición de los dos proyectos: para todos ellos la oposición se centraba en el proyecto de *poblar* de Cortés frente al de *rescate* de Velázquez. Bernal Díaz llega a afirmar que las instrucciones de Velázquez decían explícitamente: «Desque hobieredes rescatado lo más que pudieredes, os volveréis»[86]. La Carta de justicia y regimiento añade a la oposición el objetivo de exploración del proyecto de Cortés, exploración que –se subraya– no fue llevada a cabo en las expediciones de Grijalva y los demás[87].

Con pequeñas variaciones, pues, las distintas versiones directas de los hechos se centran en una diferencia de objetivos –rescatar vs. poblar– que expresa la oposición entre dos proyectos cualitativamente distintos. Es probable que, por razones de efec-

tividad política a la hora de seducir a sus hombres, el propio Cortés redujera las diferencias entre ambos proyectos a la de estos dos términos, que aclaraba perfectamente para los expedicionarios la diferencia entre las posibilidades de ganancia material de uno u otro. El objetivo de rescate ofrecía unos beneficios muy limitados, ya que la mayor parte de lo rescatado se entregaba al gobernador. El de poblar abría posibilidades de ganancia ilimitada, en el botín que se lograra en la guerra contra los naturales y en las tierras e indios que se recibieran como recompensa. El soldado de una expedición de rescate regresaba de ella cansado, a veces herido, pero rara vez recompensado por sus servicios. Las ganancias eran para el gobernador y para el capitán que recibía, en pago por sus servicios, oro y encomiendas. Los hombres de Cortés se referían a esta realidad en las discusiones que Bernal Díaz sitúa justo antes de la elección de Cortés como capitán y justicia mayor y de la fundación de la Rica Villa de la Vera Cruz:

> ¿Paresceos seños bien que Hernando Cortés así nos haya traído engañados a todos, y dio pregones en Cuba que venía a poblar y agora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido y quedaremos todos perdidos, y tomar se ha el oro Diego Velázquez como la otra vez? Mirá señor que habéis venido ya tres veces con esta postrera gastando vuestros haberes y habéis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas; hacémoslo señor, saber porque no pase esto más adelante[88].

Para todos aquellos hombres, la sustitución del proyecto que critican lúcidamente en la cita anterior por el de poblar implicaba algo cualitativamente distinto a un simple aumento del botín: la posibilidad de transformación social del soldado en encomendero.

A lo largo de la narración de las cinco Cartas de relación, la vaguedad del término «poblar» se va a ir precisando y definiendo, a medida que Cortés desvela su proyecto de conquista e imperio como modelo de incorporación de las nuevas tierras cualitativamente distinto del que expresaba la realidad socioeconómica de la colonia. Durante las tres primeras Cartas, sin embargo, la presentación de la empresa de Cortés aparece fundamentalmente subordinada al primer eje de ficcionalización, y se construye como inversión de los términos de la caracterización del proyecto de Velázquez, que se presenta como *traición*. Consecuentemente, la caracterización ficcional del proyecto de Cortés no se centra en su presentación como conquista sino en su definición como *servicio*. A la codicia e irresponsabilidad del primero corresponderán el desinterés, la generosidad y la previsión del segundo. Donde Velázquez reduce su relación con las nuevas tierras a enriquecerse con ellas sin preocuparse de su destrucción ni del daño que su actitud pueda acarrear para los intereses del rey, que, como traidor que es, subordina siempre a los suyos propios, Cortés actuará siempre con desinterés total y generosidad ejemplar, movido exclusivamente por el afán de servir a su rey y sin esperar otra recompensa que la aceptación real de su voluntad de servir y de su deseo de engrandecer a su rey y señor con sus acciones. La presentación de todas las acciones que va seleccionando y destacando la narración de las Cartas de Cortés se subordina a esta definición de su empresa como

servicio. Así, nos dice que el móvil que lo impulsa a detenerse en México, desobedeciendo a Velázquez, es el tener a Moctezuma «como súbdito a la real corona de vuestra majestad»; y leemos que la única razón por la que Cortés castigó a los partidarios de Velázquez y destruyó las naves fue «que no se estorbara el gran servicio que a Dios y a vuestra alteza se ha hecho»[89]; y que lo que impulsó a Cortés a dejar Tenochtitlán para enfrentarse a Narváez fue la protección del interés real[90].

La empresa de Cortés aparece en la representación ficcional de las Cartas no sólo como servicio sino como servicio que no espera otra recompensa que el servicio mismo. En sus arengas a los soldados, Cortés afirma una y otra vez el *servir* como objetivo fundamental de la acción, y, poco antes de pasar al ataque contra Narváez, que, no hay que olvidarlo, representaba a Velázquez, al rey y el poder legalmente constituido, se expresa en estos términos:

> Y visto que por ninguna vía podía yo excusar tan gran daño y mal, y que la gente naturales de la tierra se alborotaban y levantaban a más andar, encomendándome a Dios y pospuesto todo el temor del daño que se me podía seguir, considerando que morir en servicio de mi rey, y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar, a mí y a los de mi compañía se nos seguía alta gloria, di mi mandamiento a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para prender al dicho Narváez[91].

La ficción es completa si consideramos que el usurpador es Cortés y el servidor leal Narváez, pero lo fundamental del párrafo que acabo de citar es la identificación de la gloria con el ser-

vicio al rey, que se lleva hasta la muerte misma, en oposición implícita a la actitud de un Velázquez, que pone en peligro el interés real subordinándolo al objetivo primordial de engrandecer su propio poder y aumentar sus propios beneficios. En este contexto, ceder a las presiones de Velázquez no sería obediencia sino traición, y desobedecerle pasa a ser un servicio más. El propio Cortés expresa con claridad esta conclusión lógica que se desprende de la ficcionalización previa de la caracterización de Velázquez, Cortés y sus proyectos respectivos dentro del discurso de las Cartas: «... y por ningún interés ni partido haría lo que él [Velázquez] me decía; antes yo y los que conmigo estaban moriríamos en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado y tenido por vuestra majestad pacífica y segura, y por no ser traidores y desleales a nuestro rey»[92].

Dentro de la lógica interna, siempre impecable, de un discurso narrativo que caracteriza a Velázquez y su proyecto como traidores al interés real, la conclusión es palmaria: la obediencia al gobernador se convierte en complicidad con un traidor y la rebelión contra él en la mejor forma de servicio al rey. La transformación de la rebelión en servicio, primer eje articulador de los procesos de ficcionalización de las Cartas de relación, se ha completado. Queda, sin embargo, un último elemento ficcional de las Cartas destinado a reforzar esa transformación decisiva para la justificación del proyecto de conquista de Cortés. Se trata del providencialismo. Las invocaciones a Dios, la Virgen y toda la corte celestial (especialmente Santiago y san Pedro), son parte natural del lenguaje en un momento histórico en el que el desarrollo de los acontecimientos se ajusta, en la percepción de la mayoría, a un plan divino. A menudo, tales invocaciones no son más que un simple hábito de lenguaje

vaciado de contenido real, como es el caso de muchas de las que encontramos en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz y con algunas de las que aparecen en las Cartas y que equivalen al «Dios mediante», «a Dios gracias» o «nos dé Dios» del español actual. Junto a éstas encontramos, no obstante, otro tipo de invocación, nada mecánica y dotada de un contenido y una función muy específicos. Sobre estas últimas se apoya la presentación providencialista de la empresa de Cortés, último elemento ficcionalizador en que se apoya el proyecto de transformación de la rebelión en servicio. La función de esta estructura ficcional providencialista es presentar a Dios como aliado de Cortés frente a aztecas y seguidores de Velázquez por igual, y legitimar la empresa rebelde a través de la evidencia del apoyo y protección divinos con los que cuenta. En el encuentro con los enviados de Garay, poco después de la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz, se manifiesta por primera vez esta protección divina de que parecen gozar Cortés y los suyos, cuando Dios impide el disparo de la escopeta que amenaza a uno de los capitanes de Cortés. Dice éste: «puso fuego a una escopeta y matara aquel capitán que yo tenía en la Vera Cruz sino que quiso Nuestro Señor que la mecha no tenía fuego[93]». A partir de ahí, Cortés irá reafirmando la existencia de este apoyo, de forma muy explícita en cada una de las confrontaciones de importancia con los seguidores de Velázquez. Por ejemplo, cuando derrote a Narváez dirá que «todos fueron muy alegres porque así Dios lo había hecho y proveido». E insiste: «porque si Dios misteriosamente esto no proveyera...»[94].

La misma explicación providencialista ofrece Cortés de sus más sonoras victorias sobre los indígenas. En Tlaxcala dice que

«... bien pareció que Dios fue el que por nosotros peleó, pues entre tanta multitud de gente, y tan animosa y diestra en el pelear, y con tantos géneros de armas para nos ofender, salimos tan libres», añadiendo que la victoria final fue «la que Dios nos había querido dar»[95]. En las peleas que preceden a la Noche Triste, puntualiza que él y los suyos cuentan con la «ayuda de Dios y de su gloriosa Madre». En Otumba, dice Cortés, «pareció que el Espíritu Santo me alumbró» para explicar su propia previsión, y la batalla se decide a favor de los españoles porque «quiso Nuestro Señor mostrar su gran poder y misericordia con nosotros»[96]. Finalmente, cuando preparan el asedio a Tenochtitlán les llegan refuerzos de hombres y armas –que Cortés describe diciendo: «... milagrosamente nos envió Dios este socorro»– que tuvieron una importancia decisiva en la victoria que alcanzaron los españoles en la guerra «a la cual plugo a Dios dar conclusión»[97].

Con una modestia ejemplar, Cortés cede el mérito de algunos de sus más espectaculares triunfos militares a Dios, la Virgen y los santos. El resultado de esta humildad es, de nuevo, la transformación ficcional de la acción, que pasa a ser expresión de la voluntad divina en lugar de simple resultado del genio militar de Cortés y del valor de sus hombres. Esta transformación de la acción cumple una función fundamental, porque en el contexto de una ideología que incorpora tanto elementos medievales como renacentistas y en la cual el concepto del origen divino de la monarquía supone la estrecha alianza entre el rey y Dios, la presentación de Dios como el aliado más fiel y constante de Cortés, y la de su empresa rebelde como acción favorecida y protegida repetidamente por la providencia, constituye la mejor forma posible de legitimación. Cortés no cuen-

ta todavía con el apoyo del rey para su empresa, pero, una vez integrada su acción en la estructura providencialista que se acaba de analizar, este apoyo sólo podría ser denegado en oposición flagrante a la voluntad de Dios. La rebelión de Cortés, ya transformada en servicio dentro de sus cartas a través de la caracterización ficcional de Cortés, Velázquez y sus proyectos respectivos, se legitima definitivamente cuando, al aparecer la acción enmarcada en la estructura providencialista, la rebelión deja de ser resultado exclusivo de una decisión individual o colectiva para convertirse en expresión de la voluntad de Dios.

3. La creación de un modelo

De los retratos oficiales, como el que se encuentra en el Hospital de Jesús, a los estilizados dibujos que se multiplican en los códices indígenas, las representaciones pictóricas que se conservan de Cortés componen una misma imagen en sus rasgos esenciales. Vemos un hombre de gesto decidido, la expresión entre irónica y soñadora, las piernas bien torneadas, la mano entre guerrera y virginal. Fijada en sus rasgos esenciales, es la imagen de un hombre pequeñito y cabezón, de mirada despierta y aspecto delicado. El detalle convencional de la representación no ofrece mayor información, y hay que volverse hacia los textos de sus contemporáneos en un primer intento de profundizar en el retrato del conquistador.

Las Casas, que mostraba una falta de objetividad considerable en los mil modos en que procuraba disculpar y justificar las acciones y percepciones del Almirante, a quien presentaba en los términos más elogiosos posibles, está muy lejos de adop-

tar la misma actitud benévola con respecto a Cortés. De todas las caracterizaciones contemporáneas de Cortés, la suya es la más negativa. En la *Historia de las Indias*, Cortés aparece retratado como un puro oportunista que se limita a utilizar todo y a todos para lograr sus propios fines. El único mérito que le reconoce es el de «ser latino porque había estudiado leyes en Salamanca y era en ellas bachiller». Según Las Casas, Cortés era «hablador y decía gracias», de lo cual se apresura Las Casas a deducir que no tenía la suficiente discreción para ser un buen secretario. Era «astutísimo», «resabido» y «regatado»: mezquino, falso, desagradecido, codicioso, y de origen «harto humilde»[98]. Por otra parte, el retrato de Hernán Cortés que emerge de la *Relación* de Andrés Tapia, uno de los miembros de la expedición rebelde de éste, tiene muy poco que ver con la negativa caracterización de Las Casas. A través de sus arengas y acciones, así como de los comentarios del propio Tapia, Cortés se presenta en esta relación como un hombre excepcional y «muy bien quisto de la gente». En la versión de Tapia, Cortés es inteligente, valiente, justo, buen político, posee un gran genio militar y es muy popular entre sus hombres[99].

Queda el retrato de Bernal Díaz, quien, como siempre, ofrece la descripción más detallada y sabrosa del personaje. El retrato de Díaz es exhaustivo –se propone decir la «proporción e condición de Cortés»– y expresa una profunda admiración por las cualidades de todo tipo que atribuye a Cortés. Comienza con la descripción física, que lo caracteriza así:

> Fue de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba algo a cenicienta, y no muy alegre, e si tuviera el rostro más largo, mejor le

> paresciera, y era en los ojos en el mirar algo amorosos e por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas, e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, e tenía el pecho alto e la espalda de buena manera, e era cenceño e de poca barriga y algo estevado, y las piernas e muslos bien sentados: e era buen jinete e diestro de todas armas, ansí a pie como a caballo e sabía muy bien menearlas, e, sobre todo corazón e ánimo, que es lo que hace al caso.

Esta primera descripción, que se centra en el aspecto físico, la va completando Bernal con gran cantidad de información de primera mano sobre la personalidad de Cortés. De acuerdo con él, Cortés era «travieso sobre mujeres» y como consecuencia de ello «se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros e siempre salió con vitoria». Era austero y poco aficionado a la ostentación, pero «en todo daba señales de gran señor». Era aficionado a las letras y culto: «latino ... bachiller en leyes, y algo poeta», en palabras de Bernal. Era «el primero» a la hora del trabajo y, en las batallas, nos dice Díaz, «siempre ... le vi que entraba en ellas juntamente con nosotros». Buen guerrero, muy esforzado, precavido, osadísimo y «muy de razón», aunque, subraya Bernal, «extremadamente porfiado». Bernal concluye su retrato con una referencia a la afición de Cortés por los juegos: «No quiero decir de otras muchas proezas e valentías que vi que hizo nuestro marqués ... e volveré a decir de su condición que era muy aficionado a juegos de naipes e de dados»[100].

Sin embargo, la larga y detallada descripción del personaje de Cortés que nos ofrece Bernal Díaz en su *Historia verdadera* resulta apenas menos esquemática y simple que los retra-

tos y caracterizaciones citados más arriba, si la comparamos con la extraordinaria complejidad del personaje que emerge de las Cartas de relación del propio Cortés. La caracterización del personaje de Cortés como héroe y modelo no es un aspecto marginal del discurso narrativo de las Cartas. La transformación del Cortés-rebelde en el Cortés-modelo articula el proceso de ficcionalización más importante del discurso narrativo de las *Cartas* y constituye uno de sus fines inmediatos fundamentales. La importancia estructural de esa caracterización reside en que ese modelo en el que se va convirtiendo Cortés, a través del proceso de transformación mitificadora de su figura que se desarrolla en las Cartas, es el punto de enlace entre la justificación de la rebelión –primer objetivo de la ficcionalización de la realidad de la conquista en las Cartas– y la formulación del proyecto político de Cortés, que constituye su meta final. Los rasgos específicos de la caracterización ficcional del personaje se subordinan en este contexto a las funciones complejas que éste debe cumplir, y que van desde la necesidad de tranquilizar al rey, afirmando la subordinación de Cortés a su poder y autoridad, hasta la voluntad de garantizar la validez del proyecto que se presentará implícitamente como proyección de la calidad modélica de aquél que lo formula. El desarrollo de la caracterización ficcional del personaje de Cortés en las Cartas presenta dos fases bien definidas. La primera se identifica con el proceso de mitificación progresiva de la figura de Cortés y culmina en la Tercera carta de relación con la caída de Tenochtitlán. La segunda la constituye un proceso de paulatina humanización y problematización del mítico Cortés creado en las primeras tres Cartas y culmina en los desastres de la expedición a Honduras que se narran en la quinta Carta. El hecho de que

la mayor intensidad del proceso de ficcionalización del personaje corresponda a las tres primeras Cartas –es decir, al período anterior a la aceptación y reconocimiento por parte del rey de los méritos de Cortés y de la legitimidad de su conquista de México– subraya una vez más el carácter perfectamente deliberado de los procesos de ficcionalización que se dan en las Cartas, así como su subordinación a unos objetivos muy políticos y poco literarios.

Ideológicamente, la caracterización ficcional del personaje de Cortés aparece anclada en la convergencia de la concepción del mundo medieval con la renacentista, convergencia que caracteriza en España el período histórico en que se produce. La concepción medieval del mundo se manifiesta dentro de las cartas en un código de representación feudal, que se concreta en dos aspectos fundamentales de la transformación de Cortés en modelo: el de vasallo y el de cristiano. Ambos aspectos de la caracterización aparecen estrechamente ligados en las Cartas a la necesidad de descalificar a Velázquez como traidor, de tranquilizar al rey en relación con la lealtad de Cortés y de legitimar la trayectoria de Cortés con el aval divino. La concepción renacentista, por otra parte, se expresa en la selección misma de los rasgos que caracterizan a Cortés como el jefe excepcional que exige su proyecto de conquista de México, y en la formulación de los términos de ese proyecto; caracterización y proyecto que revelan implícitamente una filosofía política que elige la razón como instrumento privilegiado de conocimiento y que afirma que el fin justifica los medios[101].

La transformación del rebelde en héroe se inicia –perdida su primera Carta de relación– con la narración escueta de la destrucción de las naves que hace Cortés al principio de la

Segunda carta. El rebelde que adoptó una medida defensiva para protegerse del castigo que merecía legalmente su rebelión se convierte en el relato en el jefe previsor, capaz de actuar en la forma necesaria para asegurar el éxito de una empresa que aparece definida como «gran servicio» al rey. Es el primer estadio de la metamorfosis que se va a ir confirmando a lo largo de las cuatro primeras Cartas de relación. A partir de ahí, la selección y reelaboración del material narrativo se irá subordinando a la necesidad de caracterizar a Cortés como suma de los rasgos objetivamente necesarios para llevar a cabo con éxito el proyecto de la acción. Y cualquier elemento que no resulte funcional de acuerdo con este criterio de selección tendrá que ser eliminado.

La técnica de caracterización ficcional del personaje entronca directamente con el modelo literario de la épica. Basta comparar el personaje del Cid con el héroe de las Cartas para observar que ambos son producto de una misma estrategia narrativa. Ambos expresan en los elementos concretos de su caracterización la suma de cualidades objetivamente necesarias para realizar con éxito el proyecto que persigue la acción, aunque el proyecto sea diferente. En el caso del Cid, se trataba de liquidar la fragmentación del poder característica de un orden feudal, subordinándolo al modelo de una monarquía centralizada. En el caso de Cortés, el proyecto es la conquista de un nuevo reino y la integración de un proyecto político personal de signo reformista, dentro de la estructura existente del imperio cristiano que preside la figura del monarca absoluto. El proyecto del Cid aparecía anclado en la ideología de la Reconquista, que expresaba una concepción del mundo propia de la España medieval. El de Cortés se presenta, a través de los rasgos que

integran la caracterización ficcional del personaje, como la expresión misma de la filosofía política del Renacimiento. Cortés no pudo leer *El Príncipe* de Maquiavelo antes de escribir sus Cartas de relación, pues, aunque Maquiavelo las escribió en prisión alrededor de 1513, la primera edición de la obra no se publicó hasta después de su muerte, en 1532. Sin embargo, la caracterización ficcional de Cortés que presenta el discurso narrativo de las Cartas de relación se levanta sobre los mismos elementos centrales que articulan la formulación de la filosofía renacentista que Maquiavelo encarnó en *El príncipe*.

Arnold Hauser observa, con razón, que Maquiavelo no inventó el maquiavelismo y que años antes de que éste escribiera su obra Italia era ya gobernada por unos príncipes que eran maquiavélicos poco menos que desde la cuna. El mérito fundamental de Maquiavelo fue su capacidad de formular de modo coherente y sistemático una filosofía que partía de la separación entre política y principios cristianos, y que constituiría la base del realismo político del Renacimiento[102].

Nada hay pues de sorprendente en el hecho de que Cortés encarnara en muchas de sus acciones la concepción política formulada por Maquiavelo. Henry R. Wagner afirma que, «aunque Cortés no imitase a Cesar Borgia, estaba inconscientemente duplicando su trayectoria»[103], y pasa a explicar esa inconsciente duplicación en términos del común origen español de ambos personajes. El parecido que pudiera haber entre Cortés y Borgia, o cualquier otro gran político del Renacimiento, resultaba, no obstante, del hecho de que ambos compartían elementos centrales de aquel realismo político que formularía Maquiavelo en *El príncipe*, y no de una nacionalidad común. Pero en el caso de Cortés es imposible relegar, como

propone H. Wagner, esa filosofía del realismo político, implícita en sus actos y escritos, al espacio del subconsciente. Su capacidad de formular racionalmente los elementos centrales de una filosofía que se adecuaba exactamente a las necesidades de la época lo separa de la multitud de príncipes a que alude Hauser y lo convierte en predecesor de la formulación de Maquiavelo. Esa capacidad de análisis concreto de una realidad concreta sobre la que se levanta la formulación de la filosofía del racionalismo político del Renacimiento es la misma que está en la base de los términos específicos de la caracterización de Cortés como modelo. El héroe de las Cartas, no enlaza, a través de los rasgos particulares que componen su caracterización con los personajes de las novelas de caballería (cuyas acciones todo conquistador quería emular, según Irving A. Leonard). La visión de sí mismos que tuvieron muchos conquistadores tenía sus raíces probables en los modelos caballerescos, pero en esto fue Cortés una notable excepción. I. Leonard se asombra de que no haya más referencias en sus *Cartas* a elementos fantásticos y personajes caballerescos, como los que aparecen alguna vez en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz, por ejemplo. Pero la lectura de las Cartas de relación y de otra correspondencia de Cortés demuestra con claridad que la importancia de los modelos caballerescos fue, en su caso, deleznable. Los escritos de Cortés no nos lo muestran como un *imitador* de modelos sino como un *creador* de ellos: con la puntualización de que las raíces de esta creación no están nunca en el terreno de lo fantástico o en modelos literarios preexistentes, sino en el análisis racional de la realidad objetiva. Colón ficcionalizaba la representación de la realidad americana para identificarla con un modelo imaginario preexistente. Cortés, por el contrario, partió de un aná-

lisis racional de la realidad y de la situación objetiva en que se encontraba para crear en sus Cartas un héroe que era la encarnación misma de la filosofía política de su época. La ficcionalización del discurso colombino se basaba en un proceso de reducción y desvirtuación. La del discurso narrativo de las Cartas expresa, por el contrario, un proceso de análisis racional y de profunda comprensión de la realidad histórica y política de su tiempo.

El primer aspecto de la caracterización del héroe lo presenta como líder militar. Corresponde a una de las funciones principales que Cortés debía desempeñar en el proceso de ocupación y conquista del imperio de Moctezuma, y enlaza con uno de los aspectos fundamentales de la caracterización del príncipe renacentista que haría Maquiavelo. Dice éste textualmente:

> Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte más que la guerra, el orden y la disciplina de los ejércitos porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda. El príncipe que carece de esta ciencia práctica no posee el primero de los talentos necesarios a un capitán porque ella enseña a hallar al enemigo, a tomar alojamiento, a conducir los ejércitos, a dirigir las batallas, a talar un territorio con acierto[104].

Desde el relato del episodio de la destrucción de las naves que el narrador convierte, a posteriori, de medida defensiva contra las seguras represalias de Velázquez en ejemplo de clarividencia, la previsión es el primer rasgo que caracteriza a Cortés como genio militar. La presentación del personaje como modelo de previsión se logra atribuyéndole en todos los éxitos de

la acción la capacidad de anticipar con exactitud los movimientos del enemigo. Simultáneamente, se transforman o eliminan de la narración todos aquellos incidentes en los que la imprevisión de Cortés ha tenido consecuencias negativas para el desarrollo de la conquista. Uno de los ejemplos más claros de este proceso de eliminación y transformación lo constituye el episodio del derrocamiento de los ídolos del Templo Mayor.

En él Cortés presenta su decisión de destruir los ídolos del Templo Mayor de Tenochtitlán como una decisión apropiada a la situación de los españoles, cuyos resultados son inmediatos y, naturalmente, positivos. Dice Cortés:

> Los más principales de estos ídolos y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice echar por las escaleras ... Y el dicho Moctezuma y muchos de los principales de la ciudad dicha estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos como acostumbraban ... Y de ahí en adelante se apartaron de ello y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad nunca se vio matar ni sacrificar criatura alguna[105].

Pero el relato de Bernal Díaz, mucho más coherente con el desarrollo posterior de los acontecimientos que culminaron en la Noche Triste, destruye esta idílica presentación del episodio y de sus consecuencias. De acuerdo con Bernal, la provocación de Cortés se basó en un error de cálculo sobre la solidez de la situación de los españoles en Tenochtitlán (situación que se vería aun más debilitada por la llegada de las fuerzas de Nar-

váez a Veracruz) y sus consecuencias fueron negativas desde el principio. El acto de provocación de Cortés desencadenó una reacción inmediata de indignación entre los aztecas, que respondieron enviando un claro ultimátum a Cortés y los suyos:

> y fue que como habíamos puesto en el gran cu, en el altar que hicimos, la imagen de Nuestra Señora y la Cruz, y se dijo el santo Evangelio e misa, parece ser que los Vichilobos e el Tezcatepuca hablaron con los papas y les dijeron que se querían ir de su provincia, pues tan mal tratados son de los teules ... e que se lo dijesen a Moctezuma y a todos sus capitanes que luego comenzasen la guerra y nos matasen ... el gran Moctezuma envió llamar a Cortés ... y dijo el Moctezuma: «Oh señor Malinche e señores capitanes: cuanto me pesa de la respuesta y mando que nuestros teules han dado a nuestros papas e a mí e a todos mis capitanes, y es que os demos guerra y os matemos e os hagamos ir por la mar adelante, lo que he colegido de ello, y me parece que antes que encomiencen la guerra, que luego salgáis de esta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí; sino mataros han; e mira que os va las vidas[106].

La importancia de esta transformación del episodio en la Segunda carta es fundamental. De acuerdo con ella, Cortés aparece caracterizado como hombre previsor que mide bien sus fuerzas y evalúa bien la situación antes de llevar a cabo una acción cuyas consecuencias positivas ha previsto. El resultado ficcional de su acto es la consolidación del orden, la erradicación del sacrificio y el aumento de la autoridad de los españoles. Pero la realidad fue muy distinta, a juzgar no sólo por Bernal sino

también por los acontecimientos posteriores. La partida de Cortés hacia la costa para enfrentarse a Narváez aparecía dentro de la Segunda carta como un acto razonable, lleno de previsión y bien calculado; y el abandono de Tenochtitlán, dejando sólo una fuerza defensiva de apenas cien hombres era un acto heroico pero no temerario, ya que –dice Cortés– la ciudad quedaba pacífica y segura, y los hombres de Alvarado bastaban para mantener una plaza en la que no había ni asomo de rebelión por parte de unos indígenas que acataban felices la autoridad de los españoles. Pero en el contexto histórico real de una ciudad cuyos habitantes habían expresado ya claros propósitos de rebelión, a través de un ultimátum cargado de amenazas inspiradas por sus dioses, el heroísmo de Cortés se convierte en acción desesperada, su previsión se vuelve muy cuestionable, y la desastrosa agresión de Alvarado en el templo recobra su sentido real como expresión de angustia y temor ante una situación que se hacía cada día más insostenible. El resultado real de la provocación de Cortés no fue la consolidación de la obediencia azteca, sino el inicio de la rebelión. La situación entre el incidente del derrocamiento y la partida de Cortés hacia la costa no era de paz, como sugiere Cortés en su versión de los hechos, sino de gran inquietud e inseguridad. «Digamos cual andábamos todos en aquella gran ciudad, tan pensativos, temiendo que de una hora a otra nos habían de dar guerra, e nuestros naboríes de Tascala e doña Marina así lo decían al capitán: y el Orteguilla el paje de Moctezuma, siempre estaba llorando, y todos nosotros muy a punto ... porque de día ni de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antipares y con ello dormíamos», dice Bernal Díaz, resumiendo de forma muy expresiva la situación real en la que se encontraban los

españoles en Tenochtitlán, como consecuencia del incidente del Templo Mayor[107].

Subordinada a la caracterización de Cortés como modelo de previsión, la narración del episodio en las Cartas ficcionaliza el incidente concreto, convirtiéndolo de impulso irreflexivo en acto previsor, y, simultáneamente, transformando sus consecuencias, que se presentan como positivas y eliminando de la narración toda la conflictividad de un acto que estaba en el origen mismo de los acontecimientos que culminarían en la derrota de la Noche Triste y en la pérdida de Tenochtitlán. Esta transformación o selección de elementos, se completa con la atribución de una clarividencia casi profética que ya se había señalado en la sección anterior. Antes de cada batalla, Cortés supone, ve y anticipa todo aquello que va a darles la victoria a los españoles. Su ejército es invulnerable a las emboscadas porque él siempre va «sobre aviso»; los ataques sorpresivos tlaxcaltecas se estrellan contra la defensa mejor organizada porque Cortés prevé la improbable posibilidad del ataque nocturno que les han aconsejado a éstos sus hechiceros; en Otumba, la previsión inspirada por el Espíritu Santo, con quien Cortés parece dispuesto a compartir, por esta vez, la gloria, determina la salvación del ejército que se veía amenazado por la destrucción total, y, finalmente, en la reconquista de Tenochtitlán que se narra en la Tercera carta de relación, la previsión de Cortés se presenta como factor fundamental de salvación colectiva y como base de los más rotundos triunfos militares.

El segundo rasgo que compone la caracterización de Cortés como guerrero y militar modélico es el valor. En el contexto del discurso de las Cartas, el valor extraordinario que caracterizaba a Hernán Cortés en los testimonios de sus contemporáneos, empe-

zando por los de sus propios soldados, alcanza unas dimensiones míticas. La caracterización parte del valor personal implícito en una decisión como la de alzarse con las naves de Velázquez o la de adentrarse en una tierra desconocida con un puñado de hombres, para acabar presentando el valor de Cortés como dimensión sobrehumana y como elemento decisivo en los momentos claves del desarrollo de la acción de la conquista. La ficcionalización se concreta, en el caso del valor, en la presentación del valor personal indiscutible de Cortés como *único* elemento determinante del éxito de la empresa, con exclusión de todos los demás. Esta ficción se apoya de manera decisiva en el uso frecuente –y, en algunos episodios, sistemático– de la primera persona del singular, que sustituye en la narración a la mucho más real primera persona del plural. En la narración de las guerras contra los tlaxcaltecas, por ejemplo, el uso que hace de la primera persona del singular transforma el sentido de la acción, cuyo éxito parece resultado exclusivo del valor sobrehumano de Cortés: «les hice mucho daño sin recibir de ellos ninguno», dice éste, «les quemé cinco o seis lugares pequeños ... les quemé más de diez pueblos ... pelearon conmigo los del pueblo ... di sobre dos pueblos en que maté a mucha gente», añade. Y en las batallas que preceden a la Noche Triste, de nuevo es el valor de Cortés el que salva constantemente la situación: «... y cabalgué a la mayor prisa que pude y corrí por toda la calle adelante con algunos de a caballo que me siguieron y, sin detenerme en alguna parte, torné a romper por los dichos indios y les torné a tomar las puentes y fui al alcance de ellos hasta la tierra firme»[108]. Los compañeros de Cortés se limitan a «seguirle» mientras él parece ser, con valor y determinación sobrehumanos, el único guerrero sobre el que recae el peso de la acción del combate. Este procedimiento de

caracterización de su valor se repite de manera constante a lo largo de la narración de la retirada de la Noche Triste y del repliegue que culmina en la batalla de Otumba; y vuelve a aparecer en muchas de las acciones importantes de la reconquista de Tenochtitlán.

El uso de la primera persona del singular crea en la narración una separación ficticia entre Cortés y el resto de sus hombres. Cortés aparece aislado, y el peso de la acción pasa a recaer exclusivamente sobre él, que la resuelve favorablemente en cada caso por medio de una cualidad específica. En este caso, la cualidad es el valor, pero en otros momentos de la caracterización puede ser la diplomacia, la persuasión, la astucia o la violencia, que aparecerá así justificada. En el caso del valor, la primera persona utilizada de este modo no sólo proyecta el valor de Cortés más allá de los límites de lo humano, sino que crea simultáneamente una ilusión de invulnerabilidad que indica un proceso de clara mitificación del personaje.

La presentación de Hernán Cortés como táctico y estratega excepcional constituye el tercer rasgo de su caracterización como guerrero modelo y figura ejemplar en lo que Maquiavelo llamaba la «ciencia de la guerra». Se apoya, en primer lugar, en una transformación de la realidad americana que convierte los ríos y valles, las montañas y llanuras de la geografía de México, los pueblos, las calles y las plazas del complejo Imperio azteca, en un gigantesco objetivo militar. Esta presentación de la realidad, que reduce analíticamente sus elementos concretos a los objetivos estratégicos relevantes, se da con frecuencia en la Segunda carta, y en la tercera pasa a ser casi la única forma de representación de la realidad. En ésta, el código de representación del descubridor, que organizaba en la Segunda carta la des-

cripción de los dominios de Moctezuma, relacionándolos con otros objetivos representativos de la fiebre exploradora del Renacimiento (África, Asia) o del botín de la Reconquista (Sevilla, Granada), es sustituido casi totalmente por un código de representación exclusivamente militar. La belleza, que se identificaba en la Segunda carta con riqueza, cultura y refinamiento, pasa a identificarse con el triunfo militar en la Tercera carta, donde las mismas ciudades que describía en términos estéticos y culturales en la Segunda carta se transforman en simples objetivos militares donde lo *hermoso* es *pelear.*

La transformación del México fabuloso de las primeras cartas en un México que aparece como suma de los objetivos tácticos que articulan la estrategia general de su reconquista acredita en la narración el talento de Cortés como estratega excepcional. Su capacidad de planear la acción de su reconquista de Tenochtitlán con la apertura de la vía de retirada hacia el mar, que se asegura con la fundación de Tepeaca, la construcción de los bergantines, y la táctica de cegar las puentes en el avance hacia el centro de Tenochtitlán confirman este aspecto de la caracterización. Pero, al igual que en el caso de la caracterización del héroe en función de su valor excepcional, la ficcionalización no estriba en este caso en la atribución del rasgo, sino en el modo en que esta atribución se hace dentro de la narración. Cortés no es sólo un buen estratega y táctico, sino el prototipo y modelo de ellos, y, dentro del contexto de las Cartas, el único. En su *Historia verdadera* Bernal Díaz protesta indignado contra la exclusividad con la que Gómara atribuye determinadas cualidades a Cortés, siguiendo el modelo de las Cartas, donde el héroe planea, prácticamente siempre solo, una estrategia infalible. El éxito en la acción se presenta como

resultado exclusivo de la estrategia concebida por Cortés y las iniciativas que se apartan de ella conducen inevitablemente al fracaso (como demuestran cada uno de los pocos fracasos que no elimina Cortés de la narración de las Cartas y que aparecen sistemáticamente explicados en función de una iniciativa desobediente)[109]. En la ficcionalización de las Cartas no hay posibilidad de error, sorpresa ni fracaso para un héroe mítico que posee un talento extraordinario que con nadie comparte y que garantiza la victoria.

El último rasgo que completa dentro de las Cartas la presentación de Cortés como modelo militar es el uso de la violencia. La base real sobre la que se transforma en este contexto el uso del terror y de la violencia, convirtiéndolos ficticiamente en un mérito táctico más que completa la caracterización militar del Cortés ficcional, es la desproporción cuantitativa entre el ejército indígena y el reducido ejército español. Dentro del contexto de esta desproporción numérica, el terror como táctica de uso calculado de la violencia se convierte en una de las armas más importantes de la conquista. Por otra parte, la subordinación de la presentación del terror a la caracterización de Cortés como táctico ejemplar transforma su violencia cuestionable en acción ejemplar y necesaria, y justifica ficticiamente algunos de los episodios más terribles de la conquista.

El episodio de la matanza de Cholula es uno de los ejemplos más reveladores de esa transformación. El desacuerdo de biógrafos e historiadores en torno a ese episodio es considerable. Las versiones contemporáneas del episodio, escritas por testigos presenciales del bando español, coinciden en afirmar que hubo traición por parte de los cholultecas. Las versiones indí-

genas recogidas por Sahagún, por otra parte, no se refieren a la traición pero hablan explícitamente de la firme intención que tenían los cholultecas de no someterse, convencidos de contar con la protección especial de sus dioses para librarse del dominio español[110]. Sea cual fuere la realidad, la masacre ordenada por Cortés en Cholula fue de tal dimensión que resulta difícil de justificar incluso ante la presencia hipotética de indicios reales de traición. Además, no se trató de una batalla sino de una masacre calculada de miles de indígenas indefensos, y de la posterior destrucción de gran parte de la ciudad. Andrés Tapia describe así el episodio:

> E luego mandó matar los más de aquellos señores, dejando ciertos de ellos aprisionados, y mandó hacer la señal que los españoles diesen en los que estaban en los patios, e moriesen todos, e así se hizo, e ellos se defendían lo mejor que podían e trabajaban de ofender: pero como estaban en los patios cercados e tomadas las puertas, todavía murieron los más dellos. E echo esto, los españoles e indios que con nosotros estaban, salimos en nuestras escuadras por muchas partes por la ciudad, matando gente de guerra e quemando las casas ... Así es que se hizo todo lo posible por destruir aquella cibdad ... e duró dos días el trabajar por destruir la cibdad[111].

Bernal Díaz, por su parte, se extiende menos sobre la matanza y destrucción de la ciudad que sobre el relato de la traición de los cholultecas, a los que acusa poco menos que de tener preparadas las ollas con la salsa de jitomates y chiles que iban a utilizar para guisar a los españoles[112].

La versión de Cortés, en cambio, es perfectamente escueta y funcional. En su Segunda carta, Cortés enumera brevemente los signos de una traición que le confirmaría más adelante la información que recibió Marina de una mujer cholulteca, y se dispone a actuar porque, dice, «acordé de prevenir antes de ser prevenido». En esta versión, la violencia se minimiza al máximo. La tortura y ejecución de los jefes principales, que mencionan Tapia y Bernal Díaz, se reduce aquí a dejarlos atados en una sala; la matanza dentro del recinto cerrado de los patios de miles de indígenas desarmados la reduce Cortés a una frase en la que ni siquiera se expresa sintácticamente la relación directa entre la acción de los españoles y la muerte de los indígenas: «... y dímoles tal mano que en pocas horas murieron más de tres mil hombres»; la destrucción de la ciudad se limita a «poner fuego a algunas torres y casas fuertes donde se defendían y nos ofendían», y la duración de la represión pasa de dos días a «cinco horas»[113].

La narración que se articula sobre estos cambios presenta una realidad considerablemente ficcionalizada. En ella, la violencia se convierte en la acción necesaria planeada por Cortés, quien aparece caracterizado como el prototipo del hombre capaz de controlar la situación de la manera adecuada. Toda conflictividad desaparece en su versión, que presenta una decisión altamente cuestionable como un acto necesario e inevitable, minimizando al mismo tiempo el alcance real de sus efectos. La función de esta ficcionalización del episodio es doble. Por una parte, implica la justificación del uso de semejante forma de violencia; por otra, caracteriza a Cortés como líder militar capaz de actuar del modo óptimo en relación con la situación concreta en que se encuentra[114].

El segundo aspecto que articula la caracterización de Cortés como héroe ficcional en el discurso narrativo de las Cartas de relación, corresponde a su función como *político*. La caracterización de Cortés como político se centra en su capacidad de llevar a cabo con éxito el proyecto de conquista por medio de negociaciones, fortaleciendo simultáneamente su situación militar por medio de alianzas. En la narración de las Cartas, la violencia y agresividad características del modelo militar no se presentan nunca como el mejor modo de dominar sino como el último recurso que sigue al agotamiento de las posibilidades de persuasión y negociación. Si, como guerrero, Cortés destruía y mataba sin piedad siempre que fuera necesario, como político seduce a indígenas y españoles por igual. Y lo hace con tanta eficacia que, a lo largo de toda la Carta de justicia y regimiento, tanto la unidad y combatividad del bando español como la multiplicación vertiginosa del número de seguidores indígenas con el que éstos cuentan se presentan más como resultado de la capacidad de Cortés de persuadir, negociar y seducir que de cualquiera de las medidas disciplinarias o represivas que éste, por otra parte, no vacilaba en aplicar. Así, en la narración que hace Cortés, los intentos de rebelión de los partidarios de Velázquez se controlan por la persuasión irresistible de las arengas ejemplares en las que Cortés les recordaba los términos de la gloriosa misión en la que se habían embarcado, manejando hábilmente incentivos políticos, religiosos, sociales y materiales. Las referencias a las medidas disciplinarias reales (desde la prisión hasta la tortura y la horca), que daban fuerza a tan hermosos discursos, aparecen siempre reducidas a una vaga y escueta mención de castigo indeterminado. «Los castigué conforme a justicia y a lo que según al tiempo me pareció que había nece-

sidad y al servicio de vuestra alteza cumplía»[115], dice Cortés resumiendo la acción disciplinaria contra Escudero y Carmeño, a quienes mandó ahorcar, y la de Umbría, a quien hizo azotar y cortar los pies en castigo por un intento de rebelión. El efecto de esta sustitución es que, dentro del relato, la autoridad y el dominio de Cortés parecen resultar exclusivamente del poder de persuasión de alguien superior, que está en posesión de la verdad y que consigue obediencia, respeto y sumisión por el simple hecho de transmitir y recordar esa verdad a los que lo rodean.

La versión de la conquista que presentan las Cartas subordina explícitamente el uso de la fuerza al agotamiento de los recursos pacíficos. Las fases del proceso de dominio y de imposición de autoridad y vasallaje son siempre las mismas: Requerimiento, persuasión, negociación, perdones repetidos y ataque. El ataque se produce sólo cuando todas las extraordinarias facultades diplomáticas y persuasivas de Cortés no han conseguido el objetivo por una acción exclusivamente política. La filosofía política implícita en la caracterización del personaje a través de acciones y discursos se puede reducir a dos principios básicos del realismo político de todos los tiempos, que aparecen formulados explícitamente en *El príncipe* como expresión de la filosofía política del Renacimiento. El primero es el «divide y vencerás», que se concreta en la política de alianzas de Cortés a lo largo de toda la conquista. Dice Maquiavelo: «El orden común de las cosas es que, luego que un poderoso extranjero entre en un país, todos los demás príncipes que son allí menos poderosos se le unan por un efecto de la envidia que habían concebido contra el que los sobrepujaba en poder, y a los que él ha despojado ... El nuevo príncipe, con el favor de

ellos y sus propias manos, podrá abatir facilmente a los que son poderosos, a fin de permanecer en todo el árbitro de aquel país»[116]. Y Cortés llevó esta idea a la práctica de forma sistemática en cuanto intuyó el descontento de los súbditos de Moctezuma y sus deseos de liberarse del dominio azteca. Poco después de aliarse con los tlaxcaltecas, formularía muy explícitamente esta política fundamental en toda la conquista: «Vista la discordia y disconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito, y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos, y que se dijese aquel común decir *de monte etc.*, ... y con los unos y con los otros maneaba y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro»[117]. El segundo principio de la filosofía política de Cortés consiste en alternar sabiamente la dureza con la dulzura en su relación con españoles e indígenas por igual. Lo que en el lenguaje popular se llama «una de cal y otra de arena» y en el lenguaje, más elevado, de Maquiavelo, equilibrio entre la severidad y la clemencia[118]. A la prisión de Moctezuma, por ejemplo, sigue en las Cartas un torrente de «buenas palabras» y de protestas de respeto y sumisión: y al acto aún más problemático de «echarle unos grillos» sucede toda una exhibición de magnanimidad y «buen tratamiento» que enlaza con toda la política que ha ido caracterizando las relaciones de Cortés con los indígenas y con sus propios hombres hasta ese momento.

En el contexto de este aspecto de la caracterización, la reelaboración de la realidad, que presenta el éxito de la campaña diplomática para imponer la autoridad de Cortés como resultado exclusivo de su habilidad política, se complementa con la eliminación de todos los errores políticos cometidos y de sus

consecuencias. El mejor ejemplo de este proceso de eliminación de fallos, que completa la ficcionalización de la dimensión política del héroe, es el episodio de la liberación de Cuitláhuac, hermano de Moctezuma. Henry Wagner resume la importancia que tuvo este error diciendo que, entre los muchos que cometió Cortés en la semana que siguió a su regreso a Tenochtitlán después de derrotar a Narváez, el de soltar a Cuitláhuac pudo muy bien ser el que marcó el principio del desastre[119]. Madariaga se refiere a las versiones de Cervantes de Salazar y Torquemada para mostrar la liberación de Cuitláhuac como maniobra equivocada, dentro de las negociaciones que mantenía Cortés con Moctezuma para intentar recuperar el control de la ciudad[120]. Bernal Díaz y los informantes indígenas presentan la transferencia del poder de Moctezuma a Cuitláhuac como un hecho consumado, sin detenerse en el proceso que culminó en ella. Pero no parece aventurado concluir que fue Cortés quien cometió el error de liberarlo, por causas imposibles de averiguar con certeza a la vista de la documentación existente. A la llegada de Cortés a Tenochtitlán, Cuitláhuac era uno de los que habían permanecido presos en su palacio desde antes de su partida. Una semana más tarde, el mismo Cuitláhuac estaba en libertad y había sido elegido por los aztecas como jefe político y religioso de la rebelión. El único con autoridad suficiente para tomar la decisión de dejar en libertad a uno de los prisioneros reales era Cortés. Y, tanto si la decisión se tomó colectivamente como si fue individual, la responsabilidad del error caía primordialmente sobre Cortés como jefe del bando español. La omisión total de cualquier referencia a la liberación de Cuitláhuac y al proceso de su nombramiento es coherente con la estrategia narrativa que suprime en las Cartas todo

error o elemento que pueda amenazar la caracterización del héroe como representante perfecto de cada una de las virtudes que hacen al caso, y completa el aspecto político de esa caracterización.

En el capítulo titulado «De los que llegaron al principado por medio de maldades», dice Maquiavelo: «Es menester, pues, que el que toma un estado haga atención en los actos de rigor que le es preciso hacer, a hacerlos todos de una sola vez e inmediatamente, a fin de no estar obligado a volver a ellos todos los días, y poder, no renovándolos, tranquilizar a sus gobernados, a los que ganará después fácilmente haciéndoles bien»[121]. La conducta de Cortés apenas finalizada la campaña parece ajustarse exactamente a esa filosofía práctica. En el discurso narrativo de las Cartas, la caída de Tenochtitlán marca sin transición la cancelación de la presentación del héroe en función de virtudes guerreras y agresivas, y abre las puertas a su caracterización de acuerdo con la tercera de sus funciones fundamentales: la de *gobernante*. La dureza se convierte en magnanimidad, la agresividad se vuelve compasión y el castigo se transforma en perdón. Los análisis militares y la percepción guerrera del enemigo dejan paso a una humanización que se expresa en repetidas muestras de compasión y de clemencia. La caracterización de los aztecas como «perros» y «traidores» que aparecía a lo largo de la Tercera carta se sustituye ahora por la de «tristes», que «era tanta la pena que tenían que no bastaba juicio a pensar cómo lo podían sufrir». El guerrero Cortés, implacable en la campaña de reconquista de Tenochtitlán, desaparece ante un Cortés vencedor que prepara su gobierno con la clemencia y que se presenta ya como defensor de los mismos indígenas a los que ha atacado de forma tan despiadada hasta ese momento.

Perdona a Cuahutemoc, quien le ha entregado su propio puñal pidiéndole que lo mate, lo anima diciéndole que «no tuviese temor ninguno» y nos dice que su primera acción de vencedor es la protección de los desdichados vencidos[122].

La caracterización de Cortés como modelo de gobernante que se inicia, al concluir la toma de Tenochtitlán, con la presentación de su magnanimidad y clemencia se centra en dos procesos. El primero es la caracterización del personaje como suma de las funciones ideales del gobernante de un estado recién fundado –como diría Maquiavelo– y la presentación del orden creado como enteramente dependiente de su presencia. El segundo es la caracterización del nuevo estado como modelo de orden, justicia y paz, eliminando cualquier elemento problemático. Dentro de este segundo proceso de caracterización, lo conflictivo y lo problemático aparecen totalmente ausentes del orden utópico creado por el modélico gobernante, y pasan a identificarse con todo el que pretenda minar su poder (principalmente con los enviados de Velázquez y de Fonseca). Con este procedimiento, a la vez que se fortalece la caracterización del héroe capaz de crear tal orden como prototipo del perfecto gobernante renacentista, se prolonga la caracterización de Velázquez, Fonseca o cualquier potencial adversario de Cortés como amenazas al interés real.

De acuerdo con la narración de las Cartas, apenas conquistada Tenochtitlán y cimentada la paz con perdones, Cortés desplegó una actividad impresionante. Repartió tierras, reconstruyó la ciudad, organizó un sistema de comunicaciones que enlazaba todos los puntos del nuevo estado con su capital, pobló, fundó ciudades y pueblos, montó fábricas de armamento y municiones, restableció el comercio y perfeccionó la

economía del imperio, cristianizó, descubrió minas y planeó un programa de exploraciones y expediciones de conquista que extendían su gobierno más allá de los límites del anterior imperio, y que asegurarían el control de puertos y costas, a la vez que prometían enlazar el nuevo reino con las tan buscadas islas de las especias. Hablando de la reconstrucción de Tenochtitlán, dice que «hanse dado tanta prisa en hacer las casas de los vecinos que hay mucha cantidad de ellas hechas, y otras que llevan ya buenos principios; y porque hay mucho aparejo ... hacen todos tan buenas casas que puede creer vuestra sacra majestad que de hoy en cinco años será la más noble y populosa ciudad que haya en lo poblado del mundo, y de mejores edificios»[123], y este proyecto declarado de crear la ciudad más noble del mundo enlaza con una caracterización de sus actividades de gobernante que apunta a la creación de un estado utópico que se defina en gran medida por oposición al modelo de colonia de las Antillas. El propio Cortés formula de forma explícita esa oposición en su Carta al emperador, del 15 de octubre de 1524, cuando se refiere a la acogida que han recibido entre los colonos las ordenanzas de gobierno que ya ha promulgado:

> De algunas de ellas los españoles que en estas partes residen no están muy satisfechos, en especial de aquellas que los obligan a arraigarse en la tierra; porque todos, o los más, tienen pensamientos de se haber con estas tierras como se han habido con las islas que antes se poblaron, que es esquilmarlas y después dejarlas. Y porque me parece que sería muy grande culpa a los que de lo pasado tenemos experiencia, no remediar lo presente y por venir, proveyendo en aquellas cosas por donde nos es notorio haberse perdi-

> do las dichas islas, mayormente siendo esta tierra, como ya muchas veces a vuestra majestad he escrito, de tanta grandeza y nobleza, y donde tanto Dios Nuestro Señor puede ser servido y las reales rentas de vuestra majestad acrecentadas[124].

En la formulación del proyecto de estado de Cortés, el modelo de saqueo aparece sustituido por el de desarrollo general de los recursos de la colonia. No se agota el botín sino que se pretende crear centros y estructuras de producción agrícola, comercial y artesanal. A la obsesión por el oro como símbolo único de riqueza, característica del discurso colombino y del modelo económico de las Antillas, se opone la búsqueda y explotación de minas de cobre, estaño y hierro, que se destinan a una producción de armas y herramientas que supone una cierta medida de independencia con respecto a los proveedores de España. La rapiña es sustituida por la producción. La corrupción, por la administración centralizada en la persona de Cortés para el bien común. La destrucción progresiva y lamentable de la colonia antillana deja paso a un proyecto utópico de creación y desarrollo dentro de un régimen autoritario y paternalista, pero justo. La despoblación de las Antillas se presenta como una de las preocupaciones dominantes del gobernante, que toma medidas, dicta leyes y castiga abusos en un afán evidente de proteger a la población mexicana y de salvarla de correr la misma suerte que los encomendados de las Antillas. Las ordenanzas de gobierno que dictó en mayo de 1524 protegían al indígena regulando sus horas de trabajo, la frecuencia de sus desplazamientos, la composición de su dieta cotidiana, la enseñanza de la religión, y prohibiendo explícitamente su utiliza-

ción para el trabajo de las minas. Y la carta al rey del 15 de octubre de 1524 justifica la desobediencia de Cortés a las instrucciones reales que le ordenaban cesar los repartimientos y permitir la libre contratación y comercio de los naturales con los españoles, presentándola como parte de un proyecto que pasa por la protección de los naturales frente a los abusos de unos colonos a los que describe como «de baja manera, fuertes y viciosos de diversos vicios y pecados», para acabar proponiendo un modelo de estado próspero, ordenado y justo. Dentro de él, la esclavitud se justificaría sólo como castigo por el delito de rebelión, y la cristianización de los naturales sería, de verdad, uno de los objetivos básicos[125].

Los elementos que integran la caracterización de Cortés como gobernante se ajustan perfectamente a las necesidades objetivas de la creación de su modelo de estado utópico renacentista y lo señalan como el hombre idóneo para la empresa. Reforzando esta perfecta adecuación entre proyecto y hombre, las Cartas reiteran la dependencia de lo primero con respecto al segundo. La presencia y persona de Cortés se presentan con carácter insustituible y pasan, dentro del contexto ficcionalizador de esta narración, a ser el elemento central sin el cual todo el estado se desmoronaría[126]. Todo el proyecto político se presenta como proyección directa de las extraordinarias cualidades personales de Cortés; y la caracterización del personaje, por otra parte, se construye como suma de las cualidades exigidas por el proyecto de nuevo estado, con exclusión de todo lo demás (ambiciones personales, codicia, errores, etc.). Los únicos problemas que admite esta utópica presentación de la realidad inmediatamente posterior a la conquista se asocian o bien con las interferencias de traidores al interés real o bien con la

acción de los naturales que quedan todavía por integrar en las fronteras del nuevo estado. Estado que sólo puede verse amenazado por alguien que esté fuera de él y que por ignorancia, como los naturales, o por ambición, como los enviados de Fonseca y Velázquez, se atreva a atentar contra tanta armonía puesta por Cortés a los pies de su rey[127].

Esta última función del personaje completa la creación ficcional de Cortés como héroe renacentista. Como tal, conquista, negocia, organiza y manda mejor que nadie. Su caracterización encarna una por una todas las virtudes del modelo renacentista de gobernante formulado por Maquiavelo, y, consecuentemente, nadie podría estar mejor dotado que él para llevar a cabo la tarea de transformación de México en el estado renacentista perfecto. Pero este hecho mismo plantea un problema fundamental. Sucede que los mismos rasgos que caracterizan a Cortés como héroe renacentista y gobernante idóneo lo presentan como alguien potencialmente peligroso en un contexto político en el que el poder aparece totalmente centralizado en la figura de un monarca absoluto. La caracterización de Cortés en sus Cartas de relación es, efectivamente, la encarnación misma de la filosofía política que formularía Maquiavelo en su presentación de *El príncipe*. Pero en la realidad, Cortés no era un príncipe sino un vasallo. Cortés era un hidalgo aventurero ascendido vertiginosa y alarmantemente como resultado de unos méritos y unas cualidades que no correspondían a su condición. Las mismas cualidades que, siendo príncipe, hubieran hecho de él el modelo de su época, lo convertían en el más peligroso de los súbditos en el contexto de una estructura política que no toleraba la dispersión del poder.

El discurso narrativo de las Cartas muestra hasta qué punto Cortés era consciente de este hecho, a través de una última vertiente del proceso de ficcionalización de su figura. La primera vertiente de ese proceso transformaba al rebelde en héroe, modelo de guerrero, político y gobernante. La segunda lo convierte en modelo de súbditos, al integrar su caracterización como héroe renacentista en una estructura ficcional de vasallaje y providencialismo que enlaza, irónicamente, con modelos ideológicos y literarios mucho más propios de la Edad Media que del Renacimiento que Cortés encarnaba con tanta exactitud[128]. La utilización de la estructura de vasallaje tiene, desde la primera hasta la última carta, el objetivo inmediato de reintegrar ficticiamente al héroe en la jerarquía de poder que encabezan Dios y el rey. El propio Cortés formuló explícitamente la estructura de esa pirámide que jerarquiza el poder, en su carta al rey del 15 de mayo de 1522, cuando dice: «pues en ella se verán obras no de nuestras manos más de Dios con cuyo favor a vuestra majestad se han hecho tantos servicios en estas partes que por no me alargar dejo de significar, y también por ser yo en parte ministro de ellas»[129]. Dios, situado en la cúspide de la pirámide, concede mercedes al rey, que se encuentra inmediatamente por debajo de él, por medio de los servicios de Cortés que se presenta a sí mismo como ministro de Dios y vasallo del rey.

Frente a una realidad objetiva de desobediencia, rebelión y adquisición de un enorme poder personal, Cortés afirmaría una y otra vez, utilizando el marco ficcional de esa pirámide de relaciones, la subordinación del héroe a las leyes del rey y a la voluntad de Dios. Los motivos e intereses de Cortés al lanzarse en rebeldía a su empresa de conquista (que incluían, desde luego, la ambición de poder, gloria y riqueza) se reducirían

en el contexto de las Cartas a la voluntad de servir al rey, llegando al sacrificio de la propia vida si ello fuera necesario. Así, al principio de la Segunda carta, Cortés presentaba como único motivo de su decisión de adentrarse en la tierra, a la conquista del Imperio azteca, su voluntad de traer a Moctezuma «preso o muerto o súbdito a la corona de vuestra majestad». Y en la Cuarta carta puntualizaría que aunque «la menor de estas entradas que se van a hacer me cuesta de mi casa más de veinte mil pesos de oro y que las otras dos de Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid me cuestan más de cincuenta ... como sea todo para el servicio de vuestra cesárea majestad, si mi persona, juntamente con ello, se gastare lo tendría por mayor merced»[130]. La gloria, la ganancia y el poder se ceden, dentro de la estructura ficcional de las Cartas, al rey. Cortés se contenta ficticia y humildemente con ser «ministro» o «causa», y nunca más que vasallo deseoso únicamente de servir el interés real[131]. El proceso de expansión de la conquista se describe en los mismos términos. La conquista se define como extensión del vasallaje a los indígenas, y Cortés se encarga de reiterar en cada caso una fórmula que recuerde este sentido. Los indígenas conquistados se convierten en vasallos, y la función de Cortés en esa conversión se presenta como la de un simple intermediario que, sin interés propio, confiere, en representación de su rey, la gracia del vasallaje a los indígenas de turno[132].

La integración del poder de Cortés en el marco político de una monarquía absoluta se completa con la utilización de un esquema providencialista que modifica ficticiamente el sentido de voluntad, acción, conocimiento y proyecto. Dentro de este marco providencialista, la voluntad que expresan cada una de las elecciones del personaje –desde la destrucción de las naves

hasta la expedición a las Hibueras– se transforma en obediencia. El personaje no elige, sino que es elegido por Dios para la empresa, y se limita a ejecutar no sus propios proyectos sino la voluntad divina. El conocimiento se presenta consistentemente como inspiración divina; la acción que resulta de esa inspiración queda definida implícitamente como guerra santa, y el proyecto se transforma en misión[133]. A través de la presentación sistemática de Dios como aliado y artífice de la victoria, y de las invocaciones a la providencia, el Espíritu Santo, y la Santísima Trinidad, Cortés neutralizaría ficticiamente su propio poder, desligándolo de su origen verdadero –las características personales y las acciones de Cortés– y atribuyéndole un origen divino que ocultaba sus raíces. Y, al presentarlo como algo que emanaba no de su propia capacidad política y militar sino de la voluntad de Dios, le confería a éste una capacidad de cancelarlo que las acciones del propio Cortés habían desmentido ya.

La función de la estructura ficcional de vasallaje es clave dentro del discurso narrativo de las Cartas porque, en términos reales, ese modelo feudal al que se quiere subordinar la caracterización del personaje como héroe renacentista estaba siendo profundamente cuestionado por las circunstancias concretas de la conquista y por las acciones del verdadero Cortés. Cortés se había insubordinado ya, al desobedecer a Velázquez; había destruido unas naves que ni siquiera le pertenecían; había creado un estado que reducía al rey a un papel de simple supervisor, mientras el poder aparecía concentrado en las manos de su gobernador; y había actuado en todo momento con una independencia que más correspondía al rey que a su humilde vasallo. Pero Cortés era perfectamente consciente de que el rey

tenía el poder de destruirlo[134]; y sabía también que la única posibilidad que tenía él de conservar ese poder muy considerable, que día a día le daba lo que iba conquistando y ganando, era transformarse, y transformarlo en su narración, por medio de una representación ficcional que convirtiera al poderoso conquistador en humilde vasallo, y a su acción en servicio a Dios y al rey. Ésta es la función precisa de la utilización ficcional de la estructura de vasallaje, que apela a un modelo ideológico que proclama el origen divino de la monarquía y acepta una concepción mesiánica de historia y acción. Enmarcada por esta estructura, la caracterización de Hernán Cortés como héroe renacentista se subordina ficticiamente a ella, integrándose en la pirámide que encabeza Dios, a la vez que su acción individual y creadora aparece transformada en una serie de actos cuya inspiración y éxito se atribuyen a Dios, y cuyos resultados materiales pertenecen a la Corona.

★ ★ ★

El objetivo de las Cartas de relación no es el relato escueto y fiel de la verdad, sino la creación de una serie de modelos ficcionales que aparecen subordinados a un proyecto de adquisición de fama, gloria y poder. Pero, a diferencia de lo que sucedía con el proceso de ficcionalización del discurso colombino, la ficcionalización de las Cartas no se levanta sobre el error voluntarista sino sobre el más lúcido análisis de una realidad concreta. Mientras la ficcionalización colombina culminaba en la creación de un modelo falso de percepción y representación de la realidad americana, que aparecía situada entre el botín y el mito, la percepción de esa realidad que se

expresa en las Cartas de Cortés es fundamentalmente analítica y objetiva. La percepción profundamente racional de Cortés anota, analiza y clasifica con la mayor exactitud todos los rasgos fundamentales de la tierra firme que explora y conquista. Cualquier elemento fantástico o mitológico que indique la subordinación de la representación de la realidad americana a modelos literarios previos está ausente del discurso narrativo de sus Cartas. Bernal Díaz y Andrés de Tapia prolongan la tradición colombina, organizando con frecuencia la representación de esa realidad en torno a los dos mismos elementos básicos de conceptualización de lo desconocido que organizaban el discurso de Colón: lo maravilloso y lo monstruoso. La primera descripción que hace Bernal Díaz de Tenochtitlán, por ejemplo, la identifica con los modelos fantásticos de los libros de caballerías, presentando una ciudad maravillosa, a mitad de camino entre realidad y sueño:

> Y desque vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblazones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro del agua, y todos de calicanto, y aún algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no se como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aún soñadas, como vimos[135].

Y las descripciones que nos ofrece Bernal de sacrificios, canibalismo y sodomías, así como la que hace Tapia del recinto del Templo Mayor de Tenochtitlán, enlazan, con su insistente truculencia, las manifestaciones sangrientas de una religión cruel con una tradición literaria que, como en el caso del modelo de Colón, identificaba con frecuencia las tierras y culturas desconocidas e inexploradas con una realidad monstruosa.

Frente a esos modelos descriptivos, la percepción de la nueva realidad americana que se expresa en la presentación que ofrece Cortés de la tierra mexicana y del Imperio azteca destaca por su claridad analítica. La descripción de Tenochtitlán que encontramos en sus Cartas, por ejemplo, es un modelo de clasificación racional en el que cada elemento se presenta ordenadamente en relación con su función social y económica, y como expresión del grado de cultura y civilización que implica. Lo maravilloso no resulta en la narración de Cortés de la identificación de la nueva realidad con modelos ideológicos o literarios previos, sino de la suma misma de los elementos reales que caracterizan esa nueva realidad. El referente europeo –económico o geográfico– que articulaba de forma casi constante la percepción y representación colombinas, se utiliza aquí rara vez desde la Segunda carta y desaparece totalmente en la quinta. Las escasas comparaciones del México natural o del Imperio azteca con elementos de contexto europeo, que se utilizaban ocasionalmente durante las primeras cuatro cartas para facilitar la comunicación de los aspectos múltiples de una realidad totalmente nueva, dan paso en esta Quinta carta a una formulación explícita de la imposibilidad de comunicar esos aspectos utilizando Europa como referente. Al principio de la Quinta carta, Cortés alude a ese problema de comunicación y decla-

ra, por una parte, la imposibilidad de narrar con exactitud la nueva realidad, y, por otra, la imposibilidad de que «desde allá» se pueda comprender lo que «desde aquí» se intenta describir y narrar: «y son cosas que es bien que vuestra alteza las sepa, al menos por no perder yo el estilo que tengo, que es no dejar cosa que a vuestra majestad no manifieste, las relataré en suma lo mejor que yo pudiere, porque decirlas como pasaron, *ni yo las sabría significar, ni por lo que yo dijese allá se podrían comprender*». Antes del final de esa misma carta, vuelve a referirse a este problema de comunicación que cuestiona de forma radical la validez de la utilización del contexto europeo como referente, presentando como única forma posible de conocimiento y comprensión de una realidad nueva y cualitativamente distinta la experiencia directa de la misma. Se trata en este caso de una descripción de la naturaleza recorrida por Cortés en la expedición a las Hibueras: «Comenzamos a subir el puerto, que fue la cosa del mundo más maravillosa de ver y pasar; pues *querer yo decir y significar a vuestra* majestad la aspereza y fragosidad de este puerto y sierras, *ni quien mejor que yo lo supiese lo podría explicar, ni quien lo oyese lo podría entender*, si por vista de ojos no lo viese y pasando por él no lo experimentase»[136].

La experiencia directa de la realidad se presenta como algo insustituible, y ambas citas contienen implícitamente la necesidad de crear un nuevo lenguaje para expresar la nueva realidad, así como un rechazo de aquel modo de percepción que articulaba el modelo de representación del discurso narrativo de Cristóbal Colón.

Los procesos de ficcionalización de las Cartas se subordinan de forma impecable a la doble necesidad de legitimar la empresa y consolidar el poder adquirido. La estructura de esta

ficcionalización es profundamente racional y calculada. Se inicia con la utilización de la forma de la *relación* que inscribe la narración en un marco documental y oficial, proponiendo una equivalencia implícita entre narración y verdad. Al mismo tiempo, la filosofía que se expresa entre las líneas de esa narración apela a una ideología renacentista que, desde Maquiavelo hasta san Ignacio de Loyola, afirma que el fin justifica los medios y que el éxito legitima la acción. Dentro de ese marco ideológico y estructural, la ficcionalización, que se elabora en los procesos de selección, reordenación y reelaboración del material analizados más arriba, desplaza aquella *verdadera relación* que –prometían la forma adoptada por el discurso y las declaraciones reiteradas del autor– con la creación de tres modelos ficcionales: el de la acción, el del proyecto y el del héroe.

La creación ficcional del héroe implica un cuidadoso proceso de mitificación del personaje con la elusión del cuerpo y de todo aquello que, expresando emoción, debilidad o duda, problematice la imagen de un modelo humano que se quiere sin fisuras. Si pretendemos encontrar el cuerpo de Hernán Cortés, no debemos buscarlo en las tres primeras Cartas de relación, donde lo más que encontraremos será un brazo (herido en la Noche Triste) o una frente, apedreada en la retirada. Hay que rastrear ese cuerpo en la relación de Andrés de Tapia que nos habla de las purgas que tomaba Cortés con frecuencia y que en Tlaxcala pudieron haber echado a perder el ataque; o en los sufrimientos físicos que –según Bernal Díaz– lo aquejaban con tal frecuencia que hasta se había traído de Cuba «unas manzanillas» para curarlos. El modelo de conquistador que crea Cortés en las cuatro primeras Cartas no duda, no teme, no vacila, no sufre. Hay que esperar a la Quinta carta para encontrar una

progresiva humanización y problematización de un modelo que, ante un cambio de situación objetiva, ya no necesita presentarse como superhombre invulnerable.

La ficcionalización de América que se daba dentro del discurso narrativo colombino se apoyaba en dos procesos muy simples. El primero era el de transformación de los elementos de la nueva realidad por identificación con los modelos literarios de tierras inexploradas. El segundo consistía en reducir la nueva realidad a los elementos asimilables como mercancías dentro del contexto mercantilista de la Europa de fines del siglo XV[137]. El discurso narrativo de las Cartas de relación de Cortés, por otra parte, apela, simultáneamente, a un modelo ideológico medieval y a una filosofía renacentista para crear una representación ficcional de conquista, conquistador y estado, que se convertirán en modelos del desarrollo posterior de la conquista del Nuevo Mundo. La ficcionalización cortesiana no se concreta pues en la mitificación de la realidad americana sino en la del conquistador, su acción y su proyecto. La transformación de la realidad de la conquista no se apoya aquí en el voluntarismo irracional que articulaba las identificaciones y reducciones de Colón, sino en una instrumentalización de la razón que, trastocando silogismos e identificando premisas y conclusiones, convierte la palabra en arma privilegiada, en un proyecto de adquisición de poder, gloria y fama. El modo característico de la ficcionalización cortesiana es la razón. Su resultado es la creación de unos modelos que expresan, a través de los elementos que los constituyen como ficción, el más impecable racionalismo y el profundo conocimiento que tenía su lúcido creador de aquella realidad histórica que se proponía aplacar, seducir, y dominar.